POESIAS

DE D. JOSÉ BATRES

Y

MONTUFAR

Natural de Guatemala.

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6
—
1882



TRADICIONES DE GUATEMALA

NUM. 1.

LAS FALSAS APARIENCIAS

Si me dicen que el sol, que por el cielo
Describir un gran círculo se mira,
Camina en torno de él con raudo vuelo,
Como sé que la tierra es la que gira
Sobre sus mismos polos, sin recelo
Digo que lo que dicen es mentira
Aunque la vista así lo represente :
Por qué? porque el discurso lo desmiente.

Si sumerjo en un líquido una caña
Y la veo quebrada desde afuera,
Entónces digo que la vista engaña,
Porque sé que la caña estaba entera.
Si encuentro al regresar de la campaña
A mi mujer con un galan cualquiera
En alguna no lícita entrevista,
Digo tambien que me engañó la vista.

Pues mal pudiera una mujer honrada
Siendo yo su legítimo marido
Recibir á un galan en su morada,
Dando al diablo mi honor y mi apellido.
Ántes creyera yo tener turbada
La vista, y el olfato y el oído,
Que creer que mi casta y digna esposa
Fuese capaz de semejante cosa.

Y todo el que se precie de prudente
Debe pensar lo mismo que yo pienso
Si quiere tener paz entre la gente,
Como voy á probarlo por extenso,
Con un suceso de Don Juan del Puente,
Contrabandista, rico y muy propenso
A la desconfianza y á los celos
Á que debió mil llantos y desvelos.

Don Juan frecuentemente se ausentaba
De casa, derrepente aparecia,
Sin anunciar jamas cuando marchaba
Y mucho ménos cuando volveria
Porque en el fondo él mismo lo ignoraba :
Y era la causa de esto que tenia
Fincado su comercio en ir comprando
Sedas, tabaco, y ron de contrabando.

Compraba muy barato en el camino,
Y por un extravío conocido
Traia el cargamento á su destino,
Y á media noche entrábalo escondido
A la tienda de un socio su vecino,
De la cual se pasaba sin ruido
Á su mansion por una angosta puerta
Que habia allí tras un tapiz cubierta.

Hubo siempre y habrá contrabandistas
Que al gobierno defrauden sus caudales
A pesar de los guardas, de los vistas,
Los administradores, los fiscales;
Inútilmente los economistas
Con su ciencia y sus fórmulas legales
El medio de evitarlo van buscando :
¡Miéntras mas leyes hay, mas contrabando!

Y yo de sopeton, sin que se entienda
Que en materias que ignoro me entrometo
Á la dificultad hallo la enmienda;
Y la quiero callar con el objeto
Du colocarme al frente de la hacienda :
Ceando lo obtenga se sabrá el secreto
Que, en reserva, sin tropas y sin balas
Consiste en suprimir las alcabalas.

¡ Cara y desveuntrada patria mia!
Con razon barre el polvo tu diadema,
Con razon tu existencia es agonía,
Con razon tu destino es anatema!
¿Por qué no dejas la fatal porfía,
Por qué no abjuras el mortal sistema
De hacer que el sábio en un rincon se oculte
Y en la inaccion su mérito sepulte?

El brillo de tu gloria ví empañado
Por los traidores que tu seno encierra.
Y ví escupir en tu blason dorado,
Y vide hollar tu pabellon por tierra.
Mas de un gobierno, mas de un diputado
En vez de hacerte bien te hicieron guerra
Y quisieron pintar, ¡oh escarnio crudo!
Lagartos y colmenas en tu escudo.

El nombre de la patria me enardece
Porque la adoro estando persuadido
De ser ella quien ménos lo merece
De cuantas patrias hay, habrá y ha habido :
Mas como otra no tengo, me parece
Que debo amarla como el ave al nido,
Y á los diablos me doy si considero
Que la quieren vender al extranjero.

Cual nubecilla á discrecion del viento,
O cual barca á merced de la laguna,
Así vagando va mi pensamiento
Sin que pueda fijarse en cosa alguna.
En mis lectoras sí, que ni un momento
Las sé olvidar; mas tengo la fortuna
De que aun ue á veces al turbion sucumbo
Torno á seguir el primitivo rumbo.

Una noche que á casa regresaba
Nuestro contrabandista muy contento,
Despues de acomodar lo que llevaba
Acercóse al tapiz y con gran tiento
Quitó la llave, levantó la aldaba,
Abrió la puerta, entróse en su aposento
Y se llegó á la cama de su esposa,
Que era una morenilla deliciosa.

¡Cómo duerme, decia, como duerme
Mi hermosa, mi querida Mariquita!
¡Cuál demuestran su ardor para quererme
Los suspiros que dá, lo que se agita!
Grande es el gusto que tendrá de verme
Y de darme un abrazo ¡pobrecita!
Y te adoro tambien, querida mia,
Mas que el Inca adoró la luz del dia.

Decir esto, quitarse su capote,
Inclinarse á besar la esposa amada
Y dar un furiosísimo rebote,
Cosa fué casi á un tiempo ejecutada;
Y por qué? porque dió con un bigote,
En lugar de la boca delicada
De su cara mitad, y oyó un bufido
Al resuello de un toro parecido.

Se deduce de aquí por consecuencia
Que el galan que á una cita se prepara
Debe tener presente la advertencia
De no llevar bigotes en la cara;
Ni botas que rechinen : la experiencia
Junto con la razon nos lo declara,
Y por eso mis bellas compatriotas
Detestan los bigotes y las botas.

Cuando una jovencilla por el prado
Vaga cortanda y recogiendo flores
Puesta la mente ajena de cuidado
En el dichoso fin de sus amores;
Si al cortar un pimpollo salpicado
De varios y bellísimos colores
Toca un áspid oculto la doncella,
Se asusta el áspid y se asusta ella.

Pero mas se asustó don Juan del Puente
Y el dueño del bigote malhadado
Que en el supuesto de que estaba ausente
En su lugar habíase acostado.
¡Comó se quedaria el delincuente
Al sentir aquel beso tan bien dado,
Y el bueno de don Juan, por vida mia,
Pensad un poco cuál se quedaria!

Ardia en un rincon del aposento
Un angosto candil con débil llama
Del cual don Juan se apoderó violento
Y lo acercó á la orilla de la cama.
Miráronse las caras un momento
Los suspensos rivales y la dama
Sin decirse palabra, como muertos,
Con los ojos extáticos y abiertos.

El marido por fin habló primero
Con furor dirigiéndose al amante:
¿Qué hace usted en mi casa, caballero?
Y aquel volvió su estúpido semblante,
(Porque era un animal, un majadero)
Á la dama que estaba allí delante,
Con turbacion y duda manifiesta,
Como quien le consulta la respuesta.

Yo digo que don Juan estaba loco
Al preguntar al otro qué venia
Á buscar en su casa: ved un poco
Si es fácil acertar lo que queria.
Es como preguntar á un pez, á un troco
Qué busca por el agua: ¡ niñería!
Ó qué busca en los bosques un camello:
¿Qué hace usted en mi casa?... ¡qué resuello!

Reptitió la pregunta el impaciente
Don Juan con voz sonora á su enemigo
Diciéndole: Canalla, útilmamente
Responde usted, ó á responder le obligo?
Qué hace aquí? y el amante balbuciente
Díjole: Eso es lo mismo que yo digo,
¿Qué hago yo aquí? yo mismo no lo sé:
Pues yo, dijo don Juan, se lo diré.

Y echando á su mujer una mirada
Con los ojos de tigre que tenia
Crujió los dientes y sacó la espada.
En vano le juró doña María
Que no le habian ofendido en nada,
Que era equivocacion, que no sabía
Que estuviese aquel hombre allí cubierto,
Y el del bigote le decia ¡ es cierto!

La astuta dama en medio de su apuro
Discurría por cientos las mentiras:
Mira que es todo falso, te lo juro:
Le decia á Don Juan, calma tus iras,
Es falso eso que piensas, te aseguro
Que no es mas de apariencia lo que miras,
Perezca yo, si miento, en un cadalso:
Y repetia el del bigote: ¡ Es falso!

Mira, querido Juan, que yo ignoraba
Que aquí se hubiese este hombre introducido,
Tal vez quedó la puerta sin aldaba
Ó yo no sé por dónde se ha metido.
Y el hombre del bigote replicaba
(Tal estaba asustado y aturdido):
Es cierto: dice bien doña María,
Puesto que yo tampoco lo sabía.

No niego que tuviese fundamento
Don Juan para pensar alguna cosa
Que pudiera entenderse en detrimento
Del honor y pureza de su esposa.
Pero, ¿ qué mas queria aquel jumento
Que verla asegurar toda llorosa
Que el hombre se introdujo sin su anuencia?
¿Podria estar mas clara su inocencia?

Pues no, señor, el terco del marido
Se arrojó sobre el hombre del bigote
Tirándole un revez, que á no haber sido
Porque topó la espada en un barrote,
Sin remedio le deja allí tendido;
Mas él hurtóle el cuerpo y dando un bote
Y saltando por cima de una banca
Corrió á la puerta y agarró la tranca.

Con tranca el uno, el otro con espada
Trabaron un combate semejante
En el tajo, el revez y la estocada,
Al que suelen contar del elefante,
Con aquella su trompa ponderada
Contra el cuerno que tiene hácia adelante
Su rival el feroz rinoceronte,
Cada vez que se encuentran en el monte.

Al patio se salieron con presteza
Lidiando cuerpo á cuerpo y brazo á brazo
Iguales en la fuerza, en la destreza,
En el valor y en el desembarazo.
El del bigote al fin con gran fiereza
En una pierna le acertó un trancazo
Á Don Juan que le trajo medio mudo
Á tierra, y se largó por donde pudo.

Yo me acuerdo allá léjos de una cosa,
Y es que Don Juan, ya ciego del un ojo,
Muy viejo, con la frente muy canosa
Y algunas hebras de cabello rojo,
Tenia tienda frente á Santa Rosa :
Usábanle llamar Don Juan el cojo :
Y arrugaba la cara todavía
Cuando algunos bigotes descubria.

Así que vió correr al del bigote
Se fué arrastrando en busca de madama
La cual no estaba armada de garrote;
Mas ya Don Juan no la encontró en la cama
Porque cogió la ropa y el capote
Del galan, y si creemos á la fama
Se escapó por la puerta de la tienda;
Dios la lleve con bien y la defienda!

No digo yo que siempre que estén juntos
Un mozo y una jóven en un lecho
Se ocupen solo en discutir asuntos
De historia, de moral, ó de derecho.
Todo tiene sus comas y sus puntos,
Mas no se debe asegurar un hecho
Si no es que de tan claro y de tan llano
Se toque, como dicen, con la mano.

Porque á veces engaña la apariencia
Y yo he visto ocasiones repetidas
Aparecer culpada la inocencia
Con pruebas alteradas ó fingidas.
Mas en teniendo un poco de paciencia
Dichas pruebas se encuentran desmentidas,
Cual verbi-gracia, en el siguiente caso
Que por final referiré de paso.

Al entrar en mi casa cierto dia
Vi á mi mujer en brazos de un extraño,
O se me figuró que la veía,
Mas ella es incapaz de mal tamaño :
Y así luego pensé que aquel sería
Como son otros muchos, un engaño
De los ojos turbados, y al instante
Me puse entrambas manos por delante.

Y así que me los hube restregado
Por cinco ó seis minutos de seguida,
Vi á mi mujer sentada en el estrado
Sola y en su labor entretenida.
¿ Qué tal ? si yo me hubiera gobernado
Por la vista falaz y fementida,
¿En qué viene á parar mi matrimonio,
Mi casa y mi mujer? en el demonio.

Y así vuelvo á mi tema y aconsejo
Que imiten mi conducta los casados
Que no se quieran ver en el espejo
De Don Juan ; tras cornudos apaleados.
A vuestro juicio y discrecion lo dejo,
Lectoras de ojos bellos y rasgados :
Don Juan del Puente quiero que me llamen
Si no aprobais vosotras mi dictámen.





NUM. 2.

DON PABLO

1.ª PARTE

Amables damas que leeis gustosas
Alguna ú otra alegre anecdotilla
De aventuras galantes y amorosas,
Con tal que sea púdica y sencilla,
(Pues sé que sois honestas y virtuosas,
¡Almas puras, doncellas sin mancilla!)
Una os voy á contar, si no os molesta,
Por divertir el ocio de la siesta.

Y aunque me la contaron en secreto,
Porque sé quienes sois, os la confío;
Que no quisiera verme en un aprieto
Con quien me la contó, que fué mi tio:
Porque le tengo un diablo de respeto,
Que ni hablo en su presencia ni me rio;
Pero si se os escapa por acaso,
No me deis por autor en ningun caso.

Sucedió, pues (y es cuento verdadero
Bajo nombres supuestos y fingidos)
Que habia en Guatemala un caballero,
De estos antiguos tipos escogidos,
Rico de cuna y rico de dinero,
De setenta años largos y tendidos,
Llamado Don Pascual, que de Dios goce!
De aquellos que comian á las doce.

Hombre de honor, viudo, buen cristiano,
De calzon corto, bata de indianilla,
Chupa bordada, capa en el verano,
Zapatos en invierno, con hebilla,
Peluquin con coleta, barbicano,
De carey los anteojos, sin patilla,
Que rarísima vez los ocupaba
Pues solo para leer los empleaba.

Vestíase á las seis de la mañana,
Iba á misa, tomaba chocolate,
Asomábase un rato á la ventana,
Rezaba el *Pueri, Dominum laudate*,
Sentábase á comer con buena gana,
Fumaba su cigarro por remate,
Dormia siesta, y cuando no dormia
La cabeza sin falta le dolia.

Por la tarde á Nuestro Amo visitaba
Despues del chocolate de ordenanza :
Y como la mañana, se pasaba
Todo el resto rascándose la panza :
A la oracion el *Angelus* rezaba,
Á las ocho se hincaba sin tardanza
A rezar el rósario y la novena,
Y á la cama llevábanle la cena.

Era pues Don Pascual hombre cumplido,
Don Pascual del Pescon (que en el tintero
Se me habia quedado el apellido)
Muy bueno y muy honrado caballero,
Que tres veces alcalde habia sido,
Y regidor decano, y tesorero
De la archicofradía del Santísimo,
De cuyo honor estaba orgullosísimo.

Daba gusto mirar á Don Pascual
Con su sombrero *al tres* y su baston
Ir á algun besamanos general,
O del Corpus á ver la procesion,
Y convidar despues á cada cual
A hacer las once al fin de la funcion,
Con alguna aceituna, algun pastel
Y un poquillo de vino moscatel.

Y obsequiar á las damas convidadas
Con cartuchos de dulces que cogian,
Y era tal su pudor, que recatadas
Detras de su mamá se los comian
En sus velos de tul arrebozadas :
Y ni media copilla se bebian,
Que apénas con los labios la tocaban,
Ni con los hombres, por pudor, hablaban.

Aun no habia venido el uso extraño,
Que desgraciadamente hay hoy en dia,
Para sacar el vientre de mal año
De engullirse jamones á porfía,
Y tomarse despues (si no me engaño
Con pretexto de fiesta y de alegría)
Botellas de xerez y de cerveza,
Mas, se entiende, á botella por cabeza.

Entónces era todo muy distinto,
Todo era sobriedad, todo mesura,
Apénas se tomaba vino tinto,
Apénas se ostentaba la hermosura,
Apénas se salia del recinto
De la estrecha, estrechísima clausura
De la casa materna y no á paseo,
Sino á misa mayor y al jubileo.

Si una niña tenia algun amante
Ó dos, ó tres, ó cuatro, ó cinco, ó ciento,
Era con un recato edificante,
Y no hablaba con ellos un momento
Si sus padres hallábanse delante,
Ni entraban ellos nunca en su aposento,
Pues si los recibian solo era
De noche, en el jardin ó en la cochera.

Mas al presente *¡ó tempora! ¡ó mores!*
En la sala, en la calle, en el paseo,
Delante de diez mil espectadores
Con sus amantes á las damas veo
Tratar corrientemente sus amores :
¡Qué descaro! ¡lo veo y no lo creo!
Antiguamente el amoroso trato
Se hacia en la azotea con recato.

No hablo con vos, lectoras bellas mias,
Pues sé que no sois de esas descaradas
Que á la faz de su madre y de sus tias
Hacen gala de estar enamoradas :
Sino de aquellas de los *viejos dias*,
Circunspectas, discretas, recatadas,
De que habemos hablado ; cual lo muestra
Vuestra beldad, la gentileza vuestra.

Mas volviendo al asunto de mi cuento,
Pues veo que no os gustan los sermones,
Digo que estaba Don Pascual contento
Viendo y acompañando procesiones,
Alumbrando al Divino Sacramento
Y sin otros cuidados ni atenciones,
Que contemplar un hijo que tenia,
Como cristiano en santa paz vivia.

Segun el uso, el hijo era estudiante
Con veca en el colegio tridentino :
Tenia buen talento, era pujante,
Buen mozo, muy travieso y libertino.
Nunca pudo pasar muy adelante
En el idioma clásico latino,
Pues por mas que estudiaba y que leía
Solo el *fæmineis junges* retenia.

Era mozo excelente y estimado,
De buen brio, de gala, de maneras,
Liberal, comedido y esforzado,
Enemigo de libros y tonteras,
De buen humor, chistoso, enamorado
Que escogia muchachas como peras,
Osado y atrevido como un diablo,
Y este hijo llamábase Don Pablo.

Es decir que en su tiempo era un portento
Superior á su edad, pues no tenia
Mas que los cuatro lustros, si bien cuento,
Lo que en prosa veinte años se diria.
Era de genio un poco turbulento,
No paraba de noche ni de dia,
De vecina en vecina siempre andaba
Pero jamas en vago el golpe daba.

La devota, la alegre, la casada,
La huérfana, la viuda, la doncella,
Se la tenia *in petto* recetada
Con tal que jóven fuese y fuese bella.
No acostumbraba reparar en nada
Para lograr el fin de triunfar de ella,
Y ya habian servido á sus desmanes,
Azoteas, jardines y zaguanes.

Así como la abeja codiciosa
Las mas hermosas flores se destina,
Ya chupa en un jazmin, ya en una rosa,
Ya se aplica á la dulce clavellina,
Ya blandamente sobre el nardo posa,
Ya al fresco lirio alegre se encamina,
Tal Don Pablo, en las flores que cogia,
No digo abeja, enjambre parecia.

Mas todas sus conquistas y trofeos
Presentes y futuros y pasados,
Y sus innumerables galanteos
Los hubiera trocado zahumados
Por el objeto actual de sus deseos,
Doncella de ojos negros y rasgados,
Y por el lindo talle de Isabela
Hermosa como heroína de novela.

Que siendo tan guardada como bella
No era posible verla sino en misa,
Por ser recatadísima doncella
Y mucho mas su madre doña Luisa :
Y su padre Don Diego de la Mella
No llevaba estas cosas á la risa,
Que era hombre puntilloso y delicado
Coronel de milicias retirado.

Al fin eran las armas su ejercicio
Y era famoso en ellas y temido,
Aunque ni en paz ni en guerra hizo el servicio ;
Mas se habia mostrado decidido,
Impertérrito, audaz, sin dar indicio
De temor, cuando hubo aquel ruido
De que pudiera ser que hubiese guerra
No sé si con Francia ó Inglaterra.

Don Pablo estaba, en fin, desesperado
Sin lograr la mas mínima respuesta
Á tanto billetito perfumado,
Á tal pasion tan clara y manifiesta,
Á tanto y tan ternísimo recado,
Á tanta copla en su loor compuesta,
Que este era el lado flaco de Don Pablo,
¡Y este es el mio por querer del diablo!

Isabel parecia de diamante,
Ni hacía caso ni tenia cuenta
Con el ansia amorosa del amante :
Pues con el hombre la mujer ostenta
Ser mas tirana cuanto mas costante
Y cuanto mas rendido se presenta :
En lo cual todas ellas se asemejan,
Que al tibio buscan y al ardiente dejan.

Ni los billetes Isabel leía
Sino que los echaba en el brasero
Sin atender el sobre que decia :
« *Á la deidad por quien penando muero.* »
Mas ¿qué habia de leer, si no sabía?
Una niña educada con esmero
En aquel tiempo, no sabía á fondo
Ni conocer la O por lo redondo.

No perdia el mancebo la paciencia,
Y por medio de cierto pajecito
Á la ingrata pedíale licencia
De hablar con ella á solas un ratito.
Cansada al fin de tal impertinencia,
Díjole ella « ve y dile á don Pablito
» Que es imposible hablarle... que no puedo,
» Porque á mamá le tengo mucho miedo. »

Me trae esta respuesta á la memoria,
Como si fuera ayer, una aventura
Que á mí me sucedió, pero es historia
Muy larga de contar y muy oscura.
Amada Emilia, ¡Dios te tenga en gloria!
Descansa tú en la fria sepultura
Miéntras yo, por sustraerme á mi tormento,
Vuelvo á tomar el hilo de mi cuento.

No cabia Don Pablo en sus calzones
Del gusto de escuchar aquel mensaje,
Que el sentido entendió de las razones
Que referia el venturoso paje.
En respuesta sacando dos doblones
Le dijo al portador « toma este gaje
« Y dí á Isabel que el lúnes por la noche
» La espero oculto dentro de su coche. »

La suspirada noche al fin llegó
En que el amante en gran *déshabillé*,
Á la mansion de su querida entró :
Por dónde entró don Pablo no lo sé,
Ni de qué estratagema se valió;
Pero segun mis cálculos diré,
No sabiendo en contrario cosa cierta,
Que es probable que entrara por la puerta.

Dentro del coche oculto y silencioso,
Adelantando dichas en su mente,
Esperaba el momento delicioso
Y contaba las horas impaciente.
Ya reinaba el sosiego y el reposo,
Ya la luna se hundia en el poniente
Y á la trémula luz que despedia
El farol moribundo respondia.

Eran á la sazon las doce dadas,
Hora fatal en todas las concejas :
No había mas rumor que las pisadas
Del buho patrullando por las tejas,
Ó las mulas tirándose patadas,
O el perro sacudiendo las orejas,
Rumores que bien saben mis lectoras
Que no suelen faltar á tales horas.

Por el desierto corredor se via
Blanca sombra avanzarse lentamente,
Que venir hácia el coche parecia
Con paso incierto, tímido y prudente.
El corazon á Pablo le latia
Y á Isabel por motivo diferente,
Pues venia temblando y con razon,
Que no era para ménos la afliccion.

Llegó en fin, y el amante venturoso
Al pié del coche á recibirla vino.
Nunca se ha visto talle mas gracioso,
Mano mejor formada, pié mas fino,
Cuerpo mas torneado y voluptuoso,
Rostro mas celestial y peregrino;
Nas en esto de formas seductoras
¿Quién puede competir con mis lectoras?

Pablo en el coche se subió primero,
Y tomó de la mano á su *futura*
Que apoyó en el estribo el pié ligero,
Y volvió la cabeza con presura
Ántes de levantar el compañero,
Haciendo una bellísima figura,
Porque creyó escuchar algun ruido
Á modo de suspiro comprimido.

Suspensos ambos, Isabel y Pablo,
En esta situacion permanecieron
Como dos figurines de retablo,
De cuya posicion no se movieron,
Ni respiraron hasta ver qué diablo
Era aquel ruido que los dos oyeron.
Quédense, pues, así por un momento,
Que necesito de tomar aliento.





NUM. 3.

DON PABLO

2.ª PARTE

Un poeta moderno, muy famoso,
Ha dicho que el exordio y el final
Eran lo mas difícil y escabroso
De una composicion original.
En uno y otro caso trabajoso
Me veo yo, lectoras, por mi mal,
Pues tengo que acabar mi relacion
Y ponerle al final su introduccion.

Y pues está mi honor comprometido,
Mal que le pese á mi angustiada musa
Yo tengo de cumplir con lo ofrecido,
Aunque en mi tierra lo contrario se usa.
Mas por obviar obstáculos os pido,
Vuestra amistad sirviéndome de excusa,
Del exordio os digneis exonerarme,
Que en otra vez prometo de enmendarme.

Hemos dejado á Pablo y á Isabela
Formando un cuadro hermoso y acabado,
Suspensos en la angosta portezuela
Por el rumor que habian escuchado :
Pero ni registrando con candela
Habrian mis lectoras reparado
En este cuadro oculta otra figura,
Del arco del portal en la moldura.

Era esta, en buenas cuentas, doña Luisa,
Que viendo levantarse á la doncella,
Se levantó tambien á toda prisa
De la cama, y se vino tras la huella,
Juzgando, con razon, que no iba á misa,
Y procuró ocultarse detras de ella;
Mas cuando al cabo descubierta vióse
Entre los dos, de sopeton, plantóse.

No queda tan atónito y turbado
Un círculo de niños inocentes
Si en medio de sus juegos, un criado
Asoma rechinándoles los dientes,
Con máscara de diablo disfrazado,
Como quedaron nuestras pobres gentes
Al ver aparecer á doña Luisa
En chinelas y en faldas de camisa.

Grandes fueron las penas y aflicciones
De Pablo viendo á la iracunda vieja,
Que sin pararse á hacer reconvenciones
Agarró á su querida de una oreja
Y se la fué llevando á rempujones,
La cual sin proferir ninguna queja
Se dejaba llevar de aquella suerte
Como un reo que llevan á la muerte.

Apénas despuntó el siguiente dia,
Cuando Isabel en coche fué llevada
Á un monasterio (ignoro cuál seria),
Del cual á la sazon era prelada
Una su anciana y venerable tia,
Y pues no puede sucederle nada
En tan santa mansion, quédese en ella
Por un poco de tiempo la doncella,

Y volvamos á Pablo que confuso,
Sin pestañear habíase quedado,
Desde que doña Luisa se interpuso
Entre el amante y el objeto amado.
No sé si con el criado se compuso,
Así que su deseo vió burlado,
Para que le saliera á abrir la puerta,
Ó no sé si al entrar la dejó abierta.

Pero ello es que al buscarlo la señora
No encontró ni la sombra del culpado,
Y al otro dia al asomar la aurora
Fué á ver á Don Pascual que levantado,
De vuelta ya de misa á aquella hora,
Y el chocolate habiéndose acabado,
Laudate, pueri, Dominum rezaba
Cuando en su cuarto Doña Luisa entraba.

Impúsole en el caso brevemente,
Y exigióle palabra muy formal
De infligir un castigo suficiente
Capaz de corrigir al criminal.
« Es regular que tenga usted presente, »
Le dijo doña Luisa á Don Pascual,
« Que en nuestro tiempo era esto delicado
» Dígalo yo, que tanto me ha costado. »

En esto le entregaron un cartel
(Á Don Pascual, se entiende) que decia
Que don Diego queria hablar con él
Con el arma que él mismo elegiria;
Que siendo un caballero, un coronel,
Entenderse con Pablo no queria,
Por ser capaz un mozo tan grosero
De faltarle al respeto á un caballero.

Don Pascual contestó que era cristiano,
Y que le serviria en otra cosa:
Que no era permitido alzar la mano,
Y que ya había hablado con su esposa;
Quedando el infrascripto muy de llano
A imponer una pena rigorosa
Al hijo criminal, y en consecuencia
Hizo venir á Pablo á su presencia.

Y habiendo reprendídolo agriamente
Sobre la mala vida que traía,
Le trató de bribon y de insolente,
Y de cuanto á las mientes le venia.
Por un oído Pablo atentamente
Escuchaba, y por otro le salia
Aquella paternal peroracion,
Digna de Marco Tulio Ciceron.

Mas no paró en palabras la tormenta,
Que entónces se le habria dado un bledo
Por muy recia, muy larga y muy violenta
Que hubiera sido, pues jamas el miedo
Ni la vergüenza entraban en su cuenta.
Lo que hubo de malo en el enredo
Fué que su padre, al cabo del sermon,
Cargó con él á la Recoleccion.

No digo que su padre lo cogiera
Con sus manos, *ut sic* materialmente
Como quien coge un títere de cera:
Cargar con algo es un equivalente
De mandar *que otro cargue* : en tal manera
Se acostumbra decir entre la gente
Que el rey, el presidente, el diputado,
Están cargando el peso del Estado.

Cargó, pues, con los dos una berlina,
Que con su paso lento acostumbrado
Al citado convento se encamina,
Y no bien á la puerta hubo llegado
Que el reverendo fray José Nodina,
Guardian entónces, recibió recado
De estar en ella don Pascual Pescon
Esperando su santa bendicion.

Fray José dejó al punto su Breviario
Y encontró á don Pascual en el ingreso,
Quien le besó el bendito escapulario
Y brevemente le contó el suceso.
Fray José habia sido gran sectario
Del faldellin, ántes de ser profeso,
Por lo que no extrañó lo sucedido
Que don Pascual habia referido.

Y ofreció convertir al delincuente
Al camino del cielo, Dios mediante,
Porque era, á la verdad, hombre elocuente,
Famoso confesor, muy insinuante:
Entró, pues, nuestro jóven penitente
En calidad de simple *ejercitante*
Y lo llevó á una celda el buen prelado
Donde habia una mesa y un estrado.

« Aquí, le dijo, harás tu penitencia ;
» Ahí tienes un libro muy precioso
» Que se intitula, *exámen de conciencia*,
» Léelo con cuidado y con reposo.
» Nada contiene de la humana ciencia,
» Y por tanto es mas útil y gustoso :
» Y entretanto, *pax tecum*, *munda te* »
Dijo, dejólo y fuése fray José.

Figuraos, lectoras, el estado
En que estaria nuestro pobre preso
Por mas de un mes que estuvo allí encerrado,
Él. que era tan alegre y tan travieso!
La única diversion que habia hallado
Era escribir en verso su suceso,
Que por lo que hace á componer en prosa
Entendia Don Pablo poca cosa.

Hizo un ensayo en forma de tercetos
« *Garantías* llamado *individuales*, »
Y unas cuantas octavas y cuartetos
Contra los institutos monacales.
Compuso dos bellísimos sonetos
Atestados de ideas liberales
En loor del *Habeas corpus*, que decia
Que algun dia en su patria regiria.

Ademas, una sátira sangrienta
Contra Don Diego y contra Doña Luisa,
Y hasta su mismo padre entraba en cuenta
Con una gracia que movia á risa.
Escribió una elegía muy atenta
Á Isabel, y muy tierna y muy sumisa,
En forma de cancion de pié quebrado ;
Pero ni los fragmentos han quedado.

Finalmente, hizo una oda de su mano,
En que para Isabel á Dios pedia
El amparo del cielo soberano.
Alguno dirá aquí que no debia
Lo sagrado mezclar con lo profano,
Y que aquello tocaba en herejía ;
Lo mismo digo yo, mas en verdad
Él podia excusarse con su edad.

Una tarde de Julio, al fin del mes,
(Que era, creo, en el año del Señor
Mil setecientos y setenta y tres)
En que hacia muchísimo calor,
Pablo postrado hallábase á los piés
De fray José, su sábio confesor,
Del templo en una nave lateral,
Confesando sus culpas bien ó mal.

Y acabada la larga relacion,
¡Que sabe Dios que relacion seria!
Le hizo una paternal admonicion
Fray José de Godina, que decia:
« Hijo, si quieres obtener perdon
» Llora por tus pecados noche y dia,
» Que el pecador contrito y convertido
» Es mas acepto al cielo y mas querido.

» Yo fuí gran pecador y gran malvado,
» Y tu difunta madre. si viviera,
» Te pudiera decir cuánto he pecado,
» Que ella mejor que nadie lo supiera.
» Veme aqui arrepentido y humillado,
» Gracias á Dios y aquesta calavera
» Que fué quien me sirvió de desengaño;
Y al decirlo sacóla de entre un paño.

» Esta que miras calavera agora,
» Pablo, mujer fué un tiempo muy hermosa:
» Tras esta corre el hombre á toda hora
» Como tras de la luz la mariposa.
» Medita á solas cuán engañadora
» Es la mujer, y cuán inútil cosa
» Por este asquerosísimo fragmento! »
Esto dicho metióse en el convento.

Aquel fragmento habia sido parte
De una bella mujer muy disoluta,
Que de Vénus seguia el estandarte
De hombres haciendo amplísima recluta;
Pues de enganchar sabía á fondo el arte:
Érase el hueso de una rica fruta
En cuya dulce pulpa, en cien lugares
Habian caido moscas á millares.

No son así mis jóvenes lectoras,
Que no pierden á nadie, ni se embidan,
Ni lanzan miradillas seductoras,
Ni tienden redes, ni al amor convidan ;
Ántes bien, del decoro observadoras,
De su beldad parece que se olvidan :
Que si el talle ó el cuello nos descubren,
Es por descuido y presto se lo cubren.

« Habeis bastantemente meditado? »
Dijo al volver el frayle al penitente,
Viéndole el rostro en lágrimas bañado :
El cual le respondió con voz doliente,
« Sí, señor, vedme aquí desesperado
» Contemplando este ejemplo tan patente
» De la humana miseria y desventura,
» Y este triste final de la hermosura.

» Con que ha dispuesto la fortuna avara
» Hacer de tanto hechizo y embeleso,
» Que á los otros la carne les tocara
» Y á mí tan solo me tocara el hueso. »
Se le alegraba al confesor la cara
Viendo de su elocuencia el buen suceso,
Mas al oir aquella picardía
Dijo frunciendo el gesto « Ave María. »

¿ Qué mas dijera el jefe del Estado,
Hablando de las rentas nacionales,
Si de la patria el hueso le ha tocado
Cuya carne tocó á los liberales?
Mas volvamos al padre, que espantado
Invocaba las iras celestiales
Contra aquel obcecado pecador
Que se burlaba así del confesor.

No desoyó sus súplicas el cielo,
Pues por medio de un fuerte terremoto (1)
Parte de la cornisa la echó al suelo
Sobre Pablo, dejando el arco roto.
Murió el mísero jóven sin consuelo,
Y entre la confusion y el alboroto
No faltó quien hubiera visto al diablo
Cargar en cuerpo y alma con don Pablo.

Isabel profesó de capuchina
Cuando supo la suerte de su amante,
Á instigacion de fray José Godina
Que fué su confesor en adelante.
Tomó por nombre Sor Escutufina
De la Circuncision : ¡ Nombre elegante !
Y la nombró portera la prelada
Porque la vió al zaguan aficionada.

Don Diego, Don Pascual y Doña Luisa
Murieron de diversos accidentes;
Cuál, de haber ido con catarro á misa,
Cuál, de unas calenturas remitentes
Por andar á deshoras en camisa;
Cuál, de un disgusto contra sus parientes,
¡ Qué bien dice el proverbio, si se advierte
Que así como es la vida así es la muerte !

Mas á dónde me lleva el pensamiento?
Á predicar á mis lectoras bellas
Un trozo de moral al fin del cuento!
Acaso, pues, lo necesitan ellas?
Mas valiera decir que el firmamento
Tiene necesidad de mas estrellas,
O de mas tigres la feraz Bengala,
O de mas *populares* Guatemala (2).

(1) Alude al terremoto que causó la ruina de la Antigua Guatemala, el 29 de Julio de 1773.

(2) Nombre de un periódico que se publicaba cuando el autor compuso este cuento.

SR. D. D. A. G.

No tuve otro objeto al componer el cuento de Don Pablo, que traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti, para darlas á conocer á algunos amigos. No creyéndome capaz de hacer la traduccion por entero, ni queriendo tampoco, en atencion á lo muy libre de su estilo, hacerme cargo de una parte de la tacha de licencioso que tiene aquel poeta, me limité á copiar algunas de sus gracias en un cuento que no debia salir del círculo de mis propios amigos, pues el estar impreso

en un periódico de Guatemala, es lo mismo que hallarse en un archivo privado. Con las mismas intenciones compuse el cuento de « Las falsas apariencias », porque la idea de ser seriamente autor, aun de la cosa mas trivial, no se me ha pasado jamas por la cabeza. Últimamente, los cumplimientos de usted me la trastornaron hasta el extremo de hacerme emprender este cuento del *Reloj*; bien que el asunto (que en el fondo es cierto y no muy antiguo) se preste muy bien á la poesía, y que por esa razon se me hubiese ocurrido tres años ha. Lo tenia yo muy olvidado como mis otros cuentos, porque ellos mismos me habian hecho ver que no es poeta todo versificador : ha sucedido, pues, lo que esperaba yo : el cuento del Reloj ha salido tan largo, y el asunto exigia tan pocas estrofas que la anécdota, verdaderamente graciosa, se echó á perder. Este cuento, tal como está, es frio y carece de interes : yo soy el primero en conocer que está insoportable. Dirá usted que por qué no lo arrojo al fuego? Es porque ya estoy comprometido con usted mismo, y no me ha de decir usted que me exime del compromiso en vista de lo que ha leido de mis estrofas; pero quiero á lo ménos que todos los que lean este cuento sepan que conozco muy bien de qué pié cojea.

Usted tiene la culpa de que yo lo haya escrito; en pago sufra la dedicatoria, con todas las formalidades de estilo.

Al Sr. D. D. A. G. dedica el autor el presente *poema*. — *J. B.*



NUM. 1.

EL RELOJ

1.ª PARTE

Toda mujer que mucho otéa ó es risueña
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue verguéna,
. . . .
Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada,
Nunca enla mar entraria con su nave ferrada.
Non te espante la dueña la primera vegada.

EL ARCIPRESTE JUAN RUIZ.

Aunque el aconsejar á las señoras
Lo juzgo necedad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellísimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
« Y es el de que robeis algunas horas
Á la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediqueis un tanto á la lectura
Por prevencion para la edad madura. »

Hermosas sois desde los piés al pelo,
Frescas, bellas, lozanas como rosas,
Vuestro color es el carmin del cielo,
Talles teneis de Ninfas y de Diosas
Etcétera : y bastante me recelo
Que, siendo tan modestas como hermosas,
Mas me valiera el no deciros nada,
Pues sé que la lisonja os desagrada.

Sin embargo, cual íbamos diciendo,
Aunque tan bellas sois, vuestra hermosura
Nada puede perder, á lo que entiendo,
Por un poco de estudio y de lectura;
Mas cuando la lectura recomiendo,
No me limito á la literatura,
Pues novelas y dramas ya sospecho
Que bastantes leeis : y con provecho.

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Por qué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
Ó de qué se componen los metales:
Cosas que cada dia estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamas entiendo.

Y en los libros que tratan del Gobierno,
Del código ateniense, del romano,
Del régimen antiguo, del moderno,
Monárquico, feudal, republicano:
Cuándo debe un Congreso ser eterno,
Cómo se erige en déspota un tirano,
Qué se entiende por *Ley de garantías*,
Y por qué se ha de hollar todos los dias.

Mas aquellos que tratan de la historia
A cualquiera lectura los prefiero,
Solo por ir grabando en mi memoria
Tanto nombre de rey, tanto guerrero,
Tanta revolucion, tanta victoria,
Tanto ministro en busca de dinero,
Tantas fechas en fin, amontonadas
Por kalendas, hegíras, olimpiadas.

A las crónicas soy aficionado,
A las de Guatemala sobre todo,
Y he grande copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo.
Ni solo el Juarros leo con agrado,
Que tambien me deleitan á su modo
Ximenez, Vasquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos mas, cuando los pillo.

Yo quiero demostraros que no miento
Cuando digo que es una maravilla
Lo que estos libros cuentan, y al intento
Os voy á hacer la narracion sencilla
Del lance acontecido á un avariento
Por el primer reloj de campanilla
Que vino á Guatemala — De contado
Fué reloj muy famoso, muy sonado.

Digo que fué *sonado;* pero ruego
Que no por la campana se presuma
Que yo de intento con las voces juego,
Sino que al paso se me fué la pluma.
Un juego de palabras desde luego
Se sufre en un Congreso; mas en suma,
Hace muy poco honor á cualesquiera
Que tenga alguna sal en la mollera.

Toda andaba la gente alborotada
Por ver aquella alhaja prodigiosa:
Unos decian ¡obra delicada!
Decian otros ¡máquina curiosa!
Otros en baja voz « no vale nada »
Como sucede con cualquiera cosa:
Y su dueño con mucha cortesía,
Está á la órden de ustedes, les decia.

Don Alejo Veraguas era el dueño,
Que aunque habia nacido en Comayagua,
Se decia Asturiano ó Estremeño
Porque su tio Don Martin Veragua,
A Portugal se lo llevo pequeño,
Y despues á Gijon — á lengua de agua —
Y allí se estuvo hasta que muerto el tio
Por la Habana se vino en un navío.

Por lo cual á pesar de ser *guanaco,*
En su modo de hablar era europeo,
Y ademas, tan galan, tan currutaco,
Que nadie le igualaba en un paseo:
A la verdad, era un poquillo flaco,
Y visto de perfil era algo feo,
Y algo pecoso, y le faltaba un diente;
Mas era muy buen mozo: muy decente.

Tanto que en aquel tiempo las señoras
Máxime las viudas y solteras,
Se morian por él, y á todas horas
Andábanse por verle á las carreras:
No harian otro tanto mis lectoras,
Que ni curiosas son ni noveleras;
Mas era entónces diferente todo
Y así las cosas iban de otro modo.

Cuál, su garbo elogiaba y su despejo,
Cuál su buen gusto y su vestir prolijo
Va Don Alejo y torna Don Alejo,
Don Alejo hizo, Don Alejo dijo :
¿ Habia algun convite, algun festejo?
Con él ántes contaban ; era fijo :
Y los hombres tomándolo á sonrojo
Comenzaron á verle de reojo.

Mas le hacian propuestas cada dia
Por el reloj, ya en cambio, ya en dinero :
Este doscientos pesos le ofrecia,
Aquel diez onzas y un caballo overo,
Quién una rifa en tercio proponia,
Quién un catre, un tremol de cuerpo entero.
Una frasquera de cristal completa,
Un busto do Neron y una escopeta.

Don Alejo inflexible se mostraba
Sin admitir contrato ni propuesta :
Al del caballo overo contestaba
Tengo caballo — Al otro por respuesta
decia — Tengo espejo — y acababa
Por decirles á todos — mas me cuesta :
Trescientos pesos me costó sin sellos
Y despues un anillo dí por ellos.

Pero despues de tanto defenderlo
De cambios y de rifas ¿ quién dijera
De qué manera al fin vino á perderlo?
En igual caso yo, si mio fuera,
No queriendo trocarlo ni venderlo
Con muchísimo gusto lo perdiera :
Por salvar el honor de mi querida,
No digo mi reloj : diera la vida.

Don Alejo era mozo muy amable,
De buena educacion, de buenos modos,
Mas tenia un defecto bien notable
Que con razon le criticaban todos.
Por la menor cuestion sacaba el sable,
Y siempre se metia hasta los codos
En negocios de intrigas y de amores,
De los cuales contaban mil horrores.

Decíase que á un cierto Timoteo,
Marido de una linda tocoyana,
Halló medio de enviarle de correo
Por pasarse con ella la semana.
El lance ¡ vive Dios! estuvo feo,
Y despues de conducta tan villana
Siempre que se acordaba del asunto
En carcajadas prorumpia al punto.

De cada nuevo amor, cada conquista,
Cada beldad que á su pasion rendia
Iba apuntando el nombre en una lista
Que debiera llamarse letania.
Era muy socarron, gran pirronista
Y á todas las mujeres las tenia
En concepto de falsas, caprichosas
Y de.... que sé yo cuántas otras cosas.

Se ve que era un insigne libertino
Que siempre del amor habia hablado
Como de una botella de buen vino,
De un plato de perdiz ó de pescado.
Al cabo castigóle su destino;
Y aquel soberbio corazon osado,
Que jamas doblegaba la cabeza,
Cayó redondo al pié de una belleza.

Era por aquel tiempo alférez real
De la *Noble Ciudad de Goathemala,*
Don Cornelio Peleznez del Cabral,
Bajo cuyo apellido le señala
Un viejo cronicon municipal;
Mas él dejó el Peleznez por la mala
Pronunciacion que daba muchas veces
Ocasion á llamarle Pelanueces.

Por tanto conservó el apelativo
De Cabral, sin Peleznez liso y llano :
Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual : algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sin vergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulador completo,
Por lo demas, bellísimo sujeto (1).

Solo sí le tachaban una cosa
Que era el ser muy judío, muy avaro,
Ecepto, sin embargo, con su esposa
Que siendo una mujer de ingenio raro
Jóven, alegre, antojadiza, hermosa
Ycon mil cualidades, era claro
Que hacia de Cabral cuanto queria,
Y hasta la bolsa, á su pesar, le abria.

Doña Clara, ademas de su hermosura,
(Porque este era su nombre : doña Clara)
Que en verdad parecia una pintura,
Tenia un cierto no sé qué en la cara
Y una cierta exprecion en la figura,
Que el mas hábil pintor no la pintara,
Y un mirar, y un reir con un salero
Capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pié brevísimo y pulido
Que apénas al andar dejaba huellas,
Al ondular las faldas del vestido
Podíanse entrever sus formas bellas :
La encarnadura, el torno, el colorido
Que adivinaba el pensamiento en ellas
Contrastaban lo fino, lo gracioso,
De su talle flexible y voluptuoso.

Ademas al tocar el forte-piano
Si no igualaba á Adam en la destreza,
Le excedia en lo lindo de la mano
Y en llevar el compas con la cabeza;
Su voz era un dulcísimo soprano,
Ni diré que cantara con limpieza,
Mas si algun desentono cometia,
Su buena dentadura lo suplia.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,
Dónde encontrar un corazon tan frio
Que á tantas cualidades resistiera?
Seguro está que no seria el mio,
Y si tan arrogante alguno hubiera
Que quisiese aceptar el desafío,
En mirando bailar á doña Clara
Las orejas apuesto á que la amara

Don Alejo la vió y un cierto fuego
De nueva calidad sintió en el alma,
Desazon, inquietud, desasosiego,
Que le robaban su primera calma :
Bien habria querido desde luego
Añadir á las otras esa palma,
Grabar en su blason esa conquista,
Ese nombre agregar á aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa
Con mujer tan preciada y orgullosa,
Que se tenia en mas que una princesa
Y tenia mas humos que una diosa :
Mujer que su virtud guardaba ilesa
Por vanidad y no por otra cosa;
Ni este orgullo salíale á la cara,
Que ántes era un almíbar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
El audaz don Alejo vacilaba,
Que nunca habia cosa tal sentido
Como la que esta bella le inspiraba.
Por mas planes que hubiese concebido,
Así que en su presencia se encontraba
Todo el plan se cambiaba en un enredo,
En duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver
Esta pasion, no lo sabré decir;
Pues nada sé de astucias de mujer,
Ni aventuro sobre ellas mi sentir.
Mucho ménos alcanzo á comprender
En qué diablos podia consistir
Que se viesen á tarde y á mañana
El en su calle y ella en su ventana.

Pasaba don Alejo y revolvia
Y volvia á pasar y la miraba,
Y ella ni aun advertirlo parecia
Sino cuando al pasar la saludaba.
Entónces al saludo respondia ;
Mas nada en sus maneras demostraba
Que le diese importancia á tal cortejo :
De que se daba al diablo don Alejo.

En esta situacion, en este empeño
El tiempo se pasaba, y el amante
Iba perdiendo el apetito, el sueño
Y la antigua alegría del semblante.
Á la luz de los ojos de su dueño
Ardia el infeliz solicitante
Rondando en torno de la bella dama
Cual mariposa en torno de la llama.

¿De cuando acá tad tímido y cobarde?
Se decia á sí mismo con despecho :
¿Por qué ocultar las llamas en que arde
Callado el corazon dentro del pecho?
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde
Mejor será temprano : dicho y hecho :
Á la primera vez que la vió sola
Acercóse á la reja y saludóla.

Don Alejo en sus mientes cavilando
Lindas frases habia prevenido
Para decir su amor en tono blando,
Patético, elocuente y comedido
Cual convenia al caso; pero cuando
Vió faz á faz al dueño apetecido,
Sin poder proferir un solo acento
Perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso
Midiendo la distancia se prepara,
Y toma espacio y lánzase animoso,
Y corre al borde, y súbito se para
Arredrado del salto peligroso :
Del mismo modo al ver á doña Clara
Arrugar el hermoso sobrecejo
Se quedó como estatua don Alejo.

Y ella viendo pintado su desmayo
En la cara angustiada que tenia,
Que herido parecia estar del rayo,
Tomó un aire de trisca y de ironía
Y su rostro inclinando de soslayo,
Le dijo con maligna cortesía
Y risa entre burlona y desdeñosa :
« ¿Iba usted á decirme alguna cosa ? »

« Mal la mujer conoce quien presume,
» Á fuerza de suspiros obligarla;
» En vano se desvive y se consume
» En su necia pasion sin explicarla.
» *Valor, audacia* : en esto se resume
» La ciencia del amor y el resto es charla. »
Mas no penseis que esta sentencia es mia:
La digo porque Byron la decia.

Cuando alzó don Alejo la cabeza
Para reconvenir á la inhumana
Por su feo desden y su crudeza,
Mano á mano se halló con la ventana.
Atónito, corrido. en su fiereza
Clamaba á Lucifer con furia insana,
Y al marcharse tirándose del pelo
Oyó una carcajada : ¡ qué consuelo !

No bien llegó á su casa el desdichado,
De infanda saña el corazon henchido,
Que se echó en su sillon desesperado,
Descompuesto el cabello y el vestido :
Y luego levantóse endemoniado,
Y exhalando un sordísimo gemido,
Se puso á pasear como demente
Pronunciando el monólogo siguiente :

« Lengua de Berrabás que en los pasados
Tiempos, para mentir falsos amores
Velóz en gabinetes y en estrados
Parecias redoble de tambores,
Á manera de ciertos diputados
Que quisieran pasar por oradores :
¿ Cómo diablos ¡ oh lengua ! enmudeciste
Hoy que decir una verdad quisiste? »

Hizo una breve pausa y levantando
La voz, como cantor en un *crescendo*
Que comienza en acento sordo y blando
Y progresivamente va subiendo,
Apostrofó á su ingrata declamando
Versos de Shakespeare; mas traduciendo
Con la fidelidad con que interpreta
Cierta arenga de un belga la gaceta.

« *A woman sometimes scorns what best contents h*
Fué el testo que tomó : testo que quiere
Decir que algunas veces la mujer
Hace burla de aquello que prefiere :
Y que lo que mas finge aborrecer
Es lo mismo tal vez por que se muere;
Ni de su burla hay que asustarse tanto,
Que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto.*

Todo esto no lo dice solo el testo,
Ni hay idioma en el mundo tan lacónico
Que pueda en un renglon decir todo esto
Inclusos el romano y el teutónico.
Mas los últimos versos son del resto
De un discurso satírico y sardónico
Que dice, no me acuerdo que persona
Del drama « Los hidalgos de Verona ».

Y prosiguió : mujer, yo te aborrezco!
Mujer falaz, artificiosa, ingrata!
Al escuchar tu nombre me enfurezco
Porque es tu nombre tósigo que mata!
Yo no quiero tu amor : yo no apetezco
Tu corrompido corazon de plata
Que solo vibra al retintin del oro!
Mujer.... ¡maldita seas!.... yo te adoro....

Yo te adoro... es decir, á pesar mio :
Te aborrerco y te adoro juntamente,
Como se juntan el calor y el frio
En el sudor glacial que arde mi frente :
Yo perdonara tu desden impio;
Mas ántes me arrojara en un torrente
Que perdonarte tu sangrienta mofa!
(Es algo metafísica esta estrofa.)

Dijo luego entre dientes otras cosas
De manera que apénas se entendian
Sino algunas palabras injuriosas
Que acaso sin querer se le salian :
Como *necias... coquetas.... veleidosas....*
Y otras que bien presumo cual serian;
Ya se vé, don Alejo estaba loco;
Pero se fué calmando poco á poco.

¡Oh amor.... (este episodio es exelente,
El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el algua de una fuente).
¡Oh amor.... (y buen trabajo me ha costado)
¡Oh amor inconcebible, inconsecuente.
¿Qué nombre te daré (poned cuidado)
Si á veces mas que amor pareces odio?
(Arrogante principio de episodio!)

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
Símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
Un simple antojo, una ilusion fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
Que róe una existencia maldecida.
No hay del amor definicion correcta
Y la da cada cual segun su secta.

Preguntad á Platon : en su sistema
Es el amor un sentimiento puro,
Una llama invisible que no quema
Y qué sé yo — La escuela de Epicuro
Niega la esencia de esta union suprema
Y nos pinta el amor carnal, impuro;
Aunpue no fué Epicuro tan sensual.
Mas Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina
Funda Rouseau la suya en la pureza
Del amor de Platon, al cual se inclina,
Y cree que por exceso de flaqueza
Tenemos que ceder á la rutina
De nuestra material naturaleza;
Mas que, aplacado un tanto este incentivo,
Vuela el alma al amor contemplativo.

Entre tantas escuelas y secciones
Sobre esta gran cuestion de *Erolojia*
En que están divididos los campeones
De la moral y la filosofía,
Y entre este laberinto de opiniones,
La que prefiero á todas es la mia :
Y pues viene de perlas, os haré
Una sincera profesion de fé.

Yo creo en el *amor sentimental*
Y creo en la *amistad del corazon*,
Y en el *gusto*, tambien, *condicional*
De Rouseau, de Voltaire, de Richardsón
(Con acento en la sílaba final) :
Creo en la *simpatía*, en la *atraccion*
De la filosofía de Rousel,
Y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo tambien (lo digo con verdad)
En el desinteres de la mujer,
En su fina, y constante lealtad,
En su modo sublime de querer :
La mujer es un ángel de bondad
Incapaz de engañar ó de ofender :
Ni tiene gracia que lo diga yo,
Ellas mismas dirán si es cierto ó no.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo
Vale mas el callar porque no gusto
De que puedan pensar que las alabo
Por mi propio iuteres : lo justo, justo :
Ni acostumbro adular con menoscabo
De la verdad, ni empleo el tono adusto
ú el estilo dogmático de un viejo....
Entretanto ¿qué hacia don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacia
Era estar recostado en un escaño
Rendido á su dolor ¡quizá dormía!
¿Vosotras lo extrañais? yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un dia
Tan cruda como empieza, haria un año
Que no saliera un verso pareado
De mi cráneo vacío y oradado.

Dejémosle dormir enhorabuena
Que el sueño si no cura al desgraciado
Alíviale, á lo ménos, de su pena :
.. lo ménos da tregua á su cuidado.
Duerme el cautivo atado á su cadena,
Duerme junto á sus armas el soldado,
Duerme el piloto al pié del gobernalle,
Y duermen los serenos en la calle.

Duerman en paz, en paz mi cuento sigo :
Apénas dispertó de su letargo
Un poco sosegado nuestro amigo
De su gran pesadumbre, sin embargo
De no estarlo del todo; como digo,
Viéndose en el escaño largo á largo
Tendió los brazos y estiró el pescuezo
Exhalando un suspiro.... y un bostezo.

Tambien yo bostezara si tuviera
De seguirle en su historia paso á paso
Sin omitir ninguna friolera;
No la habria emprendido en ese caso :
Un buen pintor que pinta una pradera
Dibuja al sol cayendo en el ocaso
Y al ganado paciendo en la verdura;
Mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir, « que recobrado,
Y del primer terror convalecido »
Tornó á su galanteo acostumbrado
Olvidando el desaire recibido.
(Esto se llama estar enamorado)
Ni desistió jamas de este partido
Aunque vió ser su diligencia vana
Pues siempre hallaba sola la ventana.

Por abreviar mi tarda narracion
Voy á cortarla aquí : como el congreso
Que teniendo la ley en discusion
Para darla mas presto entra en receso.
Cumple así cada cual su obligacion
Al público aliviando de un gran peso :
El diputado el de su inútil dieta,
Y el de algunas estrofas el poeta,

Pero no puedo ménos que copiar
Una carta que guardo para muestra
Del femenil estilo epistolar
En época tan varia de la nuestra.
Se hace en ella mencion particular
Del lance acaecido en la *fenestra;*
(Fenestra significa la ventana),
Y dice : « Jueves diez — Querida Juana :

« No puedes figurarte con la pena
» que me tiene tu viaje pues á cada
» rato estoy preguntando como un ena-
» morado cuando vuelves, pero nada
» importa lo demas como estes buena
» que es lo que yo deseo y muy hallada
» y engordes mucho con los baños en
» union de don Gerónimo con quien

» estoy muy enojada, pero mucho,
» pues yo ninguna tulla he recibido,
» y dime si ha salido bueno tu cho-
» colate para enviarte, no me ha sido
» posible conseguir que el avechucho
» de don Blas mi cuñado haya querido
» llevarme á verte; es tanto lo que extraño
» tu falta que ya pienso que hace un año

» pues tengo mucho que contarte ya sa-
» brias »el casamiento de la Coso
» con don Juan Catarino, y que se casa
» á disgusto de todos pero yo so-
» lamente por la pobre Nicolasa
» lo ciento porque dicen que es celoso
» ..(un borron haya quí sobre lo escrito)...
» pues no me gusta el novio ni tantito.

» Y no me alargo mas por estar suma-
» mente indispuesta con dolor de cara
» y escribiendo muy mal de modo que huma-
» namente no podras leer mis gara-
» vatos, y por estar fatal la pluma.
» No dejes de oscribir dos letras para
» tu amiga que desea *veretete* (1).
» (Así el original) *Clara Roblete*

» *de Cabrales*. — P. D. Ya ves como
» don Alejo llegó por la ventana
» con ánimo de hablarme y empezó mo-
» liéndome con que soy una tirana,
» pues estaba mas pálido que el plomo
» y se puso á decir cuanto la gana
» le dió, que era muy linda como un cielo
» pero ni la mitad es esto de lo

» que me decia, qué dirá la gente
» de haberlo visto allí con su tontera
» por mas que yo le dije que era un ente
» muy insignificante y que se fuera:
» pues si vieras, es hombre muy corriente
» y que tiene la sangre muy lijéra
» mas á mí no me gusta por osado
» pues amantes como él se encuentran á

» docenas. Pero por finí se fué llorando
» así que me quité, vé que locura
» y andaba por allí Cornelio cuando
» esto pasó y cayó con calentura
» don Alejo, y ha estado delirando,
» mas ¡ por mí ! que se muera-ya me apura
» el portador. Jesus que priesa de hombre,
» saluda á don Gerónimo en mi nombre. »

Así escribian ántes las señoras.
¡ Cómo los tiempos mudan ! hoy en dia
En que todo es progresos y mejoras
Dá gusto lo que escriben, á fé mia :
Y entre ellas sobresalen mis lectoras :
¡ Qué estilo ! qué diccion ! qué ortografía !
¡ Qué delicada construccion de frases
Sin mentiras, sin *pueses* y sin *mases !*

Pudiera ser acaso de otro modo?
Sin que nos estendamos mas sobre esto,
Con decir quienes son se dijo todo.
Alguno juzgará que me he propuesto
Ser su panegirista y que acomodo
Una lisonja con cualquier pretexto :
No es mi carácter ese : si supiera
Alguna cosa en contra, lo dijera.

Pero vuelvo á mi historia y os convido
Á dar con migo un salto... ¿ qué os espanta ?
No es el salto de Léucades temido,
Ni el que con un dogal en la garganta
Dió Judas de su infamia arrepentido.
Ni el salto que Solís tanto decanta
De Alvarado con todos sus arneses :
Es simplemente un salto.... de dos meses.

El de noviembre es clásico en la historia
Del reyno de Utatlan (hoy Guatemala) (2)
Por la recordacion de una victoria
Que en union de los indios de Tlaxcala
Aquel héroe ganó : y en su memoria
Se hacia en este mes con pompa y gala
Un militar paseo, en la vigilia
Del dia veinte y dos — Santa Cecilia (3).

Llegado, pues, aquel famoso dia
En el año que vamos refiriendo,
Comenzó la funcion como solia
Al son de las campanas y al estruendo
De dos piezas ó tres de artillería......
Ó fuese de arcabuces : no pretendo
Que se me preste fé sobre este punto,
Mas las salvas importan á mi asunto.

De gentes se cuajaron las esquinas,
De damas se adornaron los balcones,
Colgáronse los muros de cortinas,
Se alegraron las calles con festones,
Armáronse pendencias, tremolinas,
Corrillos, carcajadas, estrujones,
Pañuelos y sortijas se perdieron,
Y muchachas tambien.... pero volvieron....

Al son de chirimias y atabales
Los de Tlaxcala claros descendientes (4)
Llevando á cuestas arcos triunfales
La marcha precedian diligentes.
Bellas plumas de pavos y quezales
Coronaban los arcos relucientes,
Y otros indios vestidos de soldados
Los custodiaban de arcabuz armados.

A caballo seguia la nobleza
En union del ilustre Ayuntamiento
Ostentando su brillo y gentileza
En selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
Un penacho ó floron : el paramento
Era de plata y oro, y enrizadas
La cola y crin éon cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
La Audiencia y la real Chancillería,
Tambien bordado el traje de oro y plata
Mas vistoso que el sol á medio dia.
Vestido el Presidente de escarlata
Con mas ostentacion que un rey venia,
Trayendo á la derecha en su bridon
Al Alferez real con el pendon.

Por último venia paso á paso
El cuerpo provincial de los dragones (5).
De disciplina y de valor escaso,
En caballos muy flacos y trotones.
Al son de un mal tambor, sin hacer caso
De guardar formacion, por pelotones,
Con mucha gravedad y muy despacio
Venia encaminándose á Palacio,

Cuyo balcon estaba rebozando
De damas y señores de gran cuenta
El egrégio paseo contemplando
Junto con la señora Presidenta.
Al ir los caballeros desfilando
La excelsa multitud estaba atenta
(La llamo excelsa porque estaba en alto)
Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero don Martin Lamprea
Muy estirado en una yegua baya;
Tras él don Juan Gonorreitigorrea,
Natural de Pasajes, en Vizcaya.
Seguíanles don Sancho Bocafea,
Don Luis Tenaza, don Andres Malhaya,
Don Blas Cabral y don Manuel Cornada,
Hombre de una nariz desaforada.

Venia don Crisóstomo Zamporda
En un caballo negro salpicado:
Don Bruno Rueda en una yegua torda
Le seguia torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
Hundia el lomo de un rocin melado,
Y el de un overo don José Portilla,
Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
Don Tonino Lenguaza atras venia :
El hombre mas chismoso de este mundo
Y el mas cobarde que en el reino habia.
Don Julio Mier iba á su lado, oriundo
De Carmona, ciudad de Andalucía,
Y con ellos don Marcos Bahamonde,
Corregidor que fué de no sé dónde.

Á estos seguia Don Julian Moncada,
Teniente coronel, mayor de plaza;
Mayordomo mayor de la Cruzada
Y tercero de Cármen, dando traza
De alcanzar á Don Cosme de Valnada
Que montaba un bridon de buena raza,
Y á Don Justo Pastilla, vas que en su potro
Con un estribo va mas largo que otro.

No quiero fastidiar con los demas,
Como los Garrafuerte, los Gallin,
Los Peladas, los Moscas, los Reiyas,
Los Trampeas, en número sin fin :
Todos con sus lacayos por detras.
Puesta la mano en la anca del rocin;
Mas ¿quién son esas damas que los miran
Desde el balcon, y viéndolos suspiran?

La Presidenta Doña Petra Almonda
Era la principal, y su sobrina
Doña Lucía, natural de Ronda,
Muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
Doña Ines Tresamantes de Pesquina
Y Doña Cruz Malpara del Pezado,
Les hacian la corte á cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
Muy mirlada en su silla se seguia
Doña Coronacion de Cienfustanes :
Despues Doña Tomasa de Maldia
Guiñando el ojo á todos los galanes;
Luego doña Juaquina Cararpía
Con el rostro muy seco y afligido,
Por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí Doña Rosita Alfaca,
Cuñada de un oidor de campanillas,
Y Doña Dorotea Tomaidaca
Que cantaba muy bien las seguidillas.
Tambien Doña Ana Espin, señora flaca,
Empeñada en cubrir las pantorrillas
De Doña Engracia Ordéz, señora gorda
Que á la solicitud se hacia sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
Á todas excedia en hermosura,
En tez, en cara, en talle y en el resto,
Y en el traje tambien, cuya pintura
Haria si pudiera ; mas sobre esto
Nada sé, ni de frases de costura;
¿Qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,
Bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas
El mirador magnífico cubriendo
Parecian huríes y sultanas
Que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
Pasar los caballeros, como digo,
Cual si fuese el ejército enemigo!

Derrepente un clamor estrepitoso
Se oyó rodar entre las damas bellas,
Y un volver las cabezas, y un ansioso
Mirar al mismo lado todas ellas.
Así al ver algun cuerpo luminoso
El campo atravesar de las estrellas
Todos para mirarlo se voltean,
Y á la vez dicen todos « vean! vean! »

¡Allá viene! ¡allá viene! qué galan
Don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montado en su alazan!
Qué planta de animal! qué hermosa planta!
Estas palabras circulando van
Y el eco del rumor que se levanta
Va á repetir en su último reflejo :
A..quel es... allá viene... don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza
Mas que Orlando gallardo el caballero,
No cubierto de casco ni coraza,
Sino de una casaca y un sombrero.
Ni llevaba montante, lanza ó maza,
Ni pulido broquel de fino acero,
Mas un estoque armado en pedrería
Que del dorado cinturon pendia.

Eran de raso blanco los calzones
Llegándole no mas que á las rodillas,
Cubiertas las costuras con galones
Y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase á los talones
La casaca, mas sí á las pantorrillas;
De seda de Milan color de perla
Y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendia
De igual color y de las mismas telas,
Y una y otra cartera guarnecia
Un hermoso alamar de lantejuelas.
Por su brillo talvez se juzgaria
Que llevaba en los muslos escarcelas;
Era el ropaje, en fin, de los mas ricos,
Así como el sombrero de tres picos.

Tenia el alazan la frente blanca,
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,
Largo y delgado ijar, redonda el anca,
Robusto pecho, liberal resuello,
Rasgado el ojo, la mirada franca,
El brazo negro, levantado, bello,
Que en tierra estampa el casco desdeñoso
Como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete
Iba el corcel erguido como un gallo;
Y su dueño estirado del jarrete
Parecia sultan en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
Y los hombres miraban al caballo:
Al par iba el rocin que el dueño ufano,
Con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcon con algazara
Saludóle aquel círculo festivo,
Y en medio del bullicio, Doña Clara
Haciendo un ademan no poco esquivo,
Decirles parecia con la cara
« Ese sultan que veis es mi cautivo, »
Señal de que sentia allá en su pecho
Cierto placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos
De ostentar mas y mas su gallardía,
Caracoles haciendo y escarcéos,
Delante de las damas se lucia.
Estando en estos saltos y paseos
Su salva disparó la artillería....
(Por eso hablé de salvas; mas ahora,
Si quereis, suprimidlas en buena hora.)

Al estallido los caballos fieros
Parecian demonios desatados,
Arrojando de sí á los caballeros
Sobre los circunstantes apiñados :
Volaron espadines y sombreros
Y volaron tambien por todos lados
Unas cuantas polvíferas pelucas
Dando á luz los secretos de las nucas.

Aunque se hacia el alazan pedazos
Guardaba don Alejo los arzones
Hasta que al repetir los cañonazos
No pudiendo sufrir los empellones,
Soltó las riendas y alargó los brazos;
Y mostrando el reves de sus calzones
Cayó haciendo á la noble concurrencia
Una inversa y profunda reverencia.

Muy léjos de burlar al caballero
Por aquella ridícula aventura,
Decian : qué valiente! qué lijero!
¡Con qué gracia se cae! qué soltura!
El aura popular con un guerrero
Hace siempre lo mismo y trasfigura
Cualquier ardid que le sugiere el miedo
En estratégia, en táctica, en denuedo.

Don Alejo cayó! de su caida
Alzóse con mas gloria, mas preciado :
Las mujeres temblaron por su vida,
Su reloj á los hombres dió cuidado.
La misma doña Clara conmovida,
Juzgándole en las piedras estrellado,
Tan pálida se puso, que cualquiera,
Viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron
Y afectando interes y simpatía
La causa del pavor le preguntaron ;
Mas ella ¡ mi marido ! les decia ;
Hácia Cabral entónces se tornaron
Y viendo que el caballo le cernia
Exclamó á carcajadas la asamblea.
¡Vean cual Pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo... etcétera (con esta
Dos etcéteras van). La blanca lumbre
De la luna bañaba la alta cresta
Del monte, y la aureola de su cumbre
Se empezaba á teñir cuando la fiesta
Dió fin con el refresco de costumbre
En casa del alférez, donde os ruego
Me permitais llevaros desde luego.

Por no cansar no pasaré revista
Á los helados, vinos y licores.
Ni haré la larga y dilatada lista
De los variados dulces y las flores
Que el olfato alagaban y la vista
Con su grato perfume y sus colores ;
Ni de cuanta invencion el arte engendra
Como las ricas tártaras de almendra (6)

Cubiertas de brillantes perendengues
Cien beldades (es número hiperbólico)
Digerian lisonjas y merengues
Con aire indiferente y melancólico.
No harian mas melindres y mas dengues
Al tomar el brebaje mas diabólico
Que los que á vista del sorbete hacian ;
Pero ¿ cómó ha de ser ? se lo bebian.

Cerca de doña Clara colocados
Hartos de limonada y de rosquillas
Dos señores estaban reclinados
Contra los espaldares de sus sillas :
Hablando de cosechas, de ganados,
Del precio del cacao en las Antillas,
De las noticias últimas de España
Y del conflicto con la Gran Bretaña.

El mas mozo decia : « Estoy seguro
Porque á mí me lo escriben de Valencia.
De que estalló la guerra. »— El mas maduro
Preguntóle : « Y que dice su Excelencia?
Es regular que en semejante apuro
Dictará alguna séria providencia...
— Toma! dispuso ya las necesarias,
Como son rogativas y plegárias. »

Y de Asturias qué escriben ¿será cierto
Que se vá don Alejo en el verano?
— Dicen que sí : le llama Don Roberto
Á recibir las minas del hermano....
Oyendo doña Clara aquel aserto
Dejó caer el vaso de la mano,
El cual dando al mas viejo en las rodillas
Fué rodando á sus piés á hacerse astillas.

El vaso! el vá... clamó Cabral ansioso,
Mas viendo el ceño á su mujer al paso
Concluyó con un gesto lastimoso
Sin acabar de repetir « el vaso »
Por enmendar el yerro de su esposo ;
Y corrida la dama del fracaso
Díjole, dominando su sorpresa,
» Conduce á estos señores á la mesa. »

No andaba don Alejo tan remoto
De la escena del cuádruplo congreso
Que no viese muy bien el vaso roto
Y el cómo y el por qué de aquel suceso :
Y vió la necedad y el alboroto
Que metió don Cornelio, y que por eso
Á refrescar le dijo doña Clara
Que á entrambos caballeros se llevara.

Acercósele entónces el amante
Con el valor que le faltó primero
Leyendo su ventura en el semblante
Ora tan blando y antes tan severo :
Y en voz le dijo tierna y suplicante,
« No sabe usted lo mucho que la quiero,
» Por Dios no esconda tan hermosa cara,
» Clara ! mi dulce, mi querida Clara! »

Ella, mas colorada que un celaje,
Encendidos y lánguidos los ojos
Respondióle en suavísimo lenguaje
No sé qué de peligros y de arrojos,
Del susto del caballo y del viaje :
Todo entre mil sonrisas y sonrojos,
Con abondono tal y tal gracejo
Que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor
Parecerá trivial, pero no importa :
Yo digo como César : la mejor
Es la ménos pensada y la mas corta :
Ni es posible otra cosa en el ardor
De una declaracion que el alma aborta
En vértigo febril, que en su agonía
El corazon al corazon envía

Por lo demas, es esta mi manera
Y acaso dos ó tres de mis lectoras
Podrian recordarla si no fuera
Porque piensan en otras á estas horas.
El éxito (compruébelo el que quiera)
Excede al de las frases mas sonoras
Que anticipado el ánimo prepara,
Díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce, como resbala de la fuente
El cristal entre márgenes de flores
El tiempo resbalaba su corriente
Sobre nuestros ternísimos actores.
No quiero ya decir que enteramente
Tuviesen ajustados sus amores :
¿ Dónde está la mujer tan sin orgullo,
Que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros
Andaban ya buscando por las sillas
Látigos, abanicos y sombreros,
Y las damas prendiendo sus mantillas,
Y los criados llamando á los cocheros,
Y don Cornelio dando zancadillas
Por hacer reverencias sempiternas
Con la espada enredada entre la piernas.

Las señoras en pié para marcharse
Con abrazos sin fin se despedian
Todas hablando juntas, sin curarse
De lo que mutuamente se decian.
Grato rumor que puede compararse
Al que presumo yo que formarian,
Por sonoras, por fuertes y por largas
De Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una á una iban saliendo
Llevando cada cual su cucurucho
De los mejores dulces, y comiendo,
Y sobre todo platicando mucho.
Los caballeros íbanles siguiendo
Como sigue á la garza el aguilucho (7);
Y en los jacos montaban los lacayos
Que partian veloces como rayos.

Fuerza fué, pues, á nuestros dos amantes
Dejar sus dulces diálogos pendientes
Resueltos á seguirlos cuanto antes
Y diciendo ternezas entre dientes.
Por equivocacion trocaron guantes
(Acaso no serian diferentes)
Y al protector estruendo de los coches
Se dieron las postreras buenas noches.

Á dormir! á dormir! que estoy cansado
Le dijo á doña Clara su marido
Cuando quedaron solos — ¿ Qué hora ha dado?
—Las nueve — ¡ Con razon ! Tremenda ha sido
La jornada.... y el gasto.... demasiado,
Y mañana el almuerzo.... ¡ estoy lucido!
¿ No vienes á acostarte ? ¿ qué horas son
Por el reloj? — Las nueve — Con razon!

Diez minutos despues Cabral dormia
Y al lado suyo su mujer velaba,
Así dió fin la fiesta de aquel dia
Que tanto eu la ciudad se celebraba;
El dia veinte y dos se repetia
La misma operacion y se almorzaba
En casa del alférez, y acabado
Volvia todo á su normal estado.

Cabral dormia, digo, sin cautela
Á pierna suelta, de su esposa al lado:
Á su lado la esposa estaba en vela,
Y en la calle el amante desvelado
Cantaba al blando son de su vihuela
Una cancion en tono bemolado
De *dó* menor: con el compas consueto
De seis por ocho, en aire de larghetto.

Duerme ¡ oh bella! en paz y en calma
Sobre tu dorado lecho,
Sin pesares en el alma
Ni temores en el pecho.
Duerme tú, miéntras yo canto
Lánguida trova,
Sin que te turbe en tu alcoba
Mi quebranto.

Sueña mágicos jardines
Con fuentes, grutas y flores:
Sueña espléndidos festines
Con danzas y cen amores.
Sueña tú, miéntras yo velo,
¡ Ídolo mio !
Y al aire el acento envio
De mi duelo.

Duerme, hermosa, y en el sueño
Séate blando el ambiente.
Esté tu rostro risueño
Y placentera tu frente:
Rie tú, miéntras yo muero
Ríete; oh cara!
Por tu sonrisa trocára
El mundo entero.

Esta cancion cantaba don Alexo,
(Don Alejo con équis se firmaba,
Pero no con acento circonflejo)
Y doña Clara en vela le escuchaba:
« Duerme tú, duerme tú, miéntras me quejo, »
Esta cancion, repito que cantaba:
« Duerme tú, duerme tú, mi dulce dueño »
¡ Bonito modo de llamar el sueño!

Velaba doña Clara, y su marido
A cada copla del cantor nocturno
Con un trinado y áspero ronquido
Al compas respondíale por turno.
Ó proferia frases sin sentido
Entre sueños mohino y taciturno,
Como « Clara.... no saltes... ¡ ay !... detente...
Soy de cristal... me rompes... ¡ cuánta gente!...

Así sueña el gobierno con la bula,
El obispo y el fuero: miéntras tanto
Que canta el enemigo en Tapachula (8)
Y en los Altos resuena el ronco canto,
Oh patria! ¡ cara patria! disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto;
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
Á fuerza de llorar quedaron secos.

Yo quisiera saber en qué consiste
Que en el curso de un dia está mi mente
Unas veces alegre y otras triste;
Como mujer fantástica y demente,
Que de luto y de púrpura se viste
Mudando de color continuamente.
No llego á conocer mi fantasía,
Y las ajenas.... ménos que la mia.

Propongo este dilema: ¿ es un entero
Nuestra imaginacion? Es un quebrado,
(Entiéndame quien pueda) ó es un cero?
Cero no puede ser por decontado:
Ni se vaya á pensar que me refiero
la tesorería del Estado
Cuando de ceros hablo: ni se crea
Que aludo á lo que hizo la asamblea.

Prosigamos — Aquella serenata
Significaba « ven á la ventana »
Y aunque no aquella noche, en la inmediata
La súplica del bardo no fué vana :
Envuelta doña Clara en una bata,
Hasta mas de las dos de la mañana,
En gran coloquio estuvo con su amigo,
Al traves de una reja y un postigo.

Y no obstante el estar enamorada
Hizo la resistencia mas lucida,
Cual valerosa guarnicion sitiada,
Antes de dar la plaza por vencida :
El « no puedo, » el « no debo, » el « soy casada, »
Á su tiempo vinieron : en seguida
Un silencio obstinado — un aire inquieto,
Por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condicion forzosa
Que impone la mujer con el objeto
De mostrar que si cede es pesarosa :
« Te quiero, pero guárdame el secreto. »
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
Le jura con mil cruces ser discreto :
Ambos juran callar ! y á sus amigos
Del juramento ponen por testigos.

Habláronse en la reja muchas veces
El amante y la dama sin recelo,
En tanto que soñaba Pelanueces
Que se venia del caballo al suelo.
Oculto don Alejo en los dobleces
De la capa, calado su chapelo
Y bajo el brazo la ancha toledana
Como un Cid asediaba la ventana.

Ya podeis suponer que pocos dias
Pasaron sin que todas las vecinas
Comenzasen á armar habladurías
Á cerca de estas citas clandestinas.
El que dice vecinas dice espías,
¡ Lleve el diablo sus lenguas viperinas !
Odiosa, inútil y maldita raza
Que solo sirve de espantar la caza.

Al soplo de la brisa mas ligera
La llama débil ríndese y se apaga,
Miéntras que al huracan la inmensa hoguera
Arde con mas violencia y se propaga.
Muere un débil amor de igual manera
Al primer contratiempo que la amaga ;
Mas á la par que el contratiempo crece.
El amor verdadero se enardece.

Así Clara y Alejo (los tutéo
Harto de tanto *don* y tanto *doña*)
No cedieron al necio casareo
Que levantó la *vecinal* ponzoña.
Antes bien se encendieron en deseo
De quitarse á la vez aquella roña
Y de poderse ver con mas franquicia
Siempre que fuese la ocasion propicia.

Cerca de la ciudad y al mediodía
Hay una fertilísima campaña
Que en su tortuosa y rauda travesía
El Guacalate con sus aguas baña.
En ella don Cornelio poseía
Una soberbia plantacion de caña,
Cual consta del viejísimo expediente
De un lítis que en la corte está pendiente.

Entiéndase la Corte de justicia,
Supremo tribunal por excelencia
In quo dolus non est: Corte propicia
Al jus, al suum cuique, á la inocencia :
Tribunal que no quema ni ajusticia,
Por no firmar con sangre una sentencia :
Tribunal el mas claro; porque, en fin,
No se habla allí ni griego ni latin.

Y no por ignorancia : desde luego
En Guatemala hay mas de un abogado
Que sepa traducir latin y griego
Y español, á pesar de ser letrado.
Bien que en estas materias soy un lego
Y acaso en lo que digo voy errado ;
Siendo así, de lo dicho me desdigo
Y mi sencilla narracion prosigo.

Peleznez con frecuencia á su plantío
Iba á ver el progreso de un trabajo
Cuyo objeto era hacer subir el rio
Que del cañaveral corria abajo.
Á fin de establecer el regadío
Hizo de arena un dique y de cascajo....
Pues aquí hasta las ciencias las estancan
Porque suban, y el paso les atrancan.

Ello es que á pocas noches doña Clara
Hallándose en la hacienda su marido
Á solas en su alcoba y cara á cara
Tuvo ocasion de hablar con su querido.
Con aldaba tenian la mampara
Y cubierto el velon, aunque encendido,
Iluminando apénas el estrado
En que los dos se hallaban lado á lado.

Él reclinado sobre el hombro de ella
Posaba el brazo en su redondo cuello,
Y ella, lánguida y tierna al par que bella
Blandamente rizábale el cabello.
Era cada mirada una centella
Alternando en recíproco destello,
De esas miradas húmedas y ardientes
Que el corazon inundan á torrentes.

De esas miradas con que el alma quiere
En otra alma vertirse y sepultarse,
Último acento de la voz que muere
Sintiendo el imposible de explicarse:
Dulce lenguaje que el amor prefiere
Al mas dulce que puede imaginarse,
Que el amante locuaz al encontrarlo
Deja al punto de hablar por imitarlo.

Y nuestros dos actores no contentos
Con lanzarse miradas peregrinas,
Se decian primores y portentos,
Aunque entrambos sus voces con sordinas
Sonaban ménos ya que sus alientos,
Que parecian fraguas damasquinas;
Y hacian repetidos calderones
En suspiros envueltas las razones.

Suspiros que el amante acompañaba
De un silbido levísimo y ligero
Que la falta del diente ocasionaba,
Semejante al trinado del jilguero.
Apénas otra voz se pronunciaba
Que «vete»—« no me quieres»—«si te quiero»
« Nadie nos oye » — « cállate » — y el resto
Que bien sabeis vosotras por supuesto.

Mas ¡ ay ! que entre el silencio interrumpido
Por el trino larguísimo de un beso,
Entre el hondo y patético gemido
Del labio ardiente entre los labios preso,
La sorda voz y hueca del marido
Dejóse oir llamando en el ingreso,
Como la voz en la tragedia suena
De un espectro feral que entra en la escena.

¿Qué hacer? por dónde huir ? por qué camino
Evitar el encuentro del tirano?
Cómo parar el golpe del destino?
Cualquier arbitrio les parece vano.
La dama por instinto femenino
Mostró al galan la cama con la mano,
Mas no para brindar la mitad de ella;
¡Ay ! que no era tan próspera su estrella!

Miéntras fué doña Clara á abrir la puerta
Don Alejo mas presto que una llama,
Alzando el rodapié de la cubierta,
Á gatas se metió bajo la cama.
Quiero dejarle allí que se divierta
Oyendo los coloquios de madama
Con su marido, sin perder vocablo :
¡ Imaginad qué posicion del diablo !





EL RELOJ

2.ª PARTE

Aqui yacen Alejo y doña Clara
El Epitafio.

Quien de vanos desdenes no se arredra
Cuando en cortejos y en amores anda,
Tarde ó temprano en sus amores medra
Si porfía tenaz en su demanda.
¿ Qué puede haber mas duro que la piedra ?
¿ Qué cosa habrá mas que las olas blanda ?
Y el agua al fin las mismas peñas parte,
Como Ovidio Nason dice en su Arte.

Así, pues, el epígrafe propuesto
En la primera parte de esta historia
Está corroborado por el testo
De aquel poeta de feliz memoria :
Y yo en mi narracion lo manifiesto
Poniendo á punto de alcanzar victoria
Al que dos meses antes, salvo yerro,
Hemos visto tratado como un perro.

Á gala tengo yo llevar al cabo
La verdad del epígrafe que pongo
Y soy de mis epígrafes esclavo
Aunque sea una sílaba, un diptongo.
Un epitafio por leyenda acabo
De dar á este capítulo, y propongo
Que me tengais por rústico y por zafio
Si á buen puerto no llevo el epitafio.

Y no es esta leyenda inoportuna,
Pues expresa *un sistema. un pensamiento*,
(Como dice Guizot en la tribuna)
Qhe es tipo de este siglo macilento
En que sin duda ni ecepcion alguna
Toda la poesía es un lamento ;
Y debo sujetarme á dicha norma
Aunque no sea mas que *por la forma.*

Pienso, por tanto, hacer en adelante
Disertaciones líricas completas
En verso misterioso y delirante,
Como el canto mortal de los profetas.
Quiero así que mi nombre se levante
Sobre los del comun de los poetas,
Mas por hoy tolerad la poca lima,
La humilde prosa de mi octava rima.

Y miéntras yo discurro, don Alejo
En cuatro piés ¡oh mísero! soporta
La situacion ingrata en que le dejo.
Pero su situacion ¿qué nos importa?
Héla sufrido igual y no me quejo,
Aunque mi desventura no fué corta
No pudiendo moverme á ningun lado,
Por causa de un barrote condenado.

Figuraos un hombre boca abajo
En la inmovilidad mas absoluta,
Tragar polvo y hacerse un estropajo,
Respirando.... no aromas de Calcuta
Oriundos de Pankaia: ¡qué trabajo
Suele costar un bien que se disfruta!
Y todo ello ¿por qué? ¿por un marido?
¡No, ¡vive Dios! por un cuñado ha sido.

Que á ser por el marido ¡en muy buen hora!
Y mas si era un Alférez y un Cabrales
Y si era doña Clara la señora;
Mas no todos los casos son iguales.
Sea, en fin, como fuere; el que enamora
Debe estar preparado á lances tales,
Pues la fortuna es varia y es preciso
Sufrirla con espíritu sumiso.

No sé si don Alojo era paciente,
Mas, que lo fuese ó no, poco valia,
Porque en su situacion el mas valiente
Paciencia ha menester, no valentia.
En cuatro piés estaba tristemente
Oyendo que Peleznez referia
Á su mujer la causa y el motivo
Del súbito retorno intempestivo.

Y fué que don Gerónimo Cardoso
Viniendo de la costa entró de paso
Á cenar con Cabral que era goloso,
Y no anduvo en la cena el vino escaso.
Siendo el huésped un hombre muy chistoso,
A contarle empezó entre vaso y vaso
Aventuras, amores, lances, tretas,
Porque no era un san Luis ni un san Nicetas.

Contó que en una aldea enamorado
De cierta jóven *hija de dominio*,
No pudiéndole hablar por el cuidado
De tres tias, usó del lenocinio
De fingir que leía un gran tratado
(La historia natural de Cayo Plinio)
Y como el libro el restro le cubria
A su salvo los ojos esgrimia.

Y cómo se tragaron el anzuelo
La doncella y los árgos de sus tias,
Y con cuantos trabajos y desvelo
Á fuerza de rondar las cercanías,
Sin mas testigo que el azul del cielo
Se juntó á los catorce ó quince dias
Con la jóven tras una enorme piedra,
Como el olmo se junta con la yedra.

Y de qué modo estando entretenido
La pillaron las tias por sorpresa
Dejando su deseo mal cumplido :
Y que él agazapóse á toda priesa
Tras la piedra fatal, así que vido
El triste resultando de su empresa,
Ardiendo de rubor mas que una brasa
Porque estaba de huésped en la casa.

Y entraba el narrador en el detalle
Hasta de la faccion mas subalterna
De aquel lírio fresquísimo del valle :
El breve pié, la torneada pierna,
El grueso muslo y el delgado talle,
La no muy blanca tez, mas sí muy tierna ;
El alto pecho y el redondo cuello,
El largo, negro y sérico cabello.

Escuchaba Cabral cada proeza
Hirviendo ya su sangre con el vino :
Y puéstose á pensar en la belleza
De su mujer ¡ oh fuerza del destino!
Se le metió la idea en la cabeza
De ponerse sin rémora en camino
Con Cardoso, á las ócho ú ocho y media,
Y si tarda.... sucede una tragedia.

De suerte que llegó precisamente
Á tiempo de estorbar que le saliera
El adorno que á Minos en la frente
Pasifáe, vestida de ternera,
Le puso (si la fábula no miente)
Por el amor de un toro : á cuya fiera
Pospuso aquella impúdica coqueta
Un gran legislador, un rey de Creta,

Un hijo, en fin, de Jove y de una vaca,
Ceres, váyase Minos con sus cuernos
(De donde el nombre de cabron se saca ;
Pensad si es cosa antigua) á los infiernos,
En cuya inhospital region y opaca
No tenemos nosotros que meternos,
Llegó, pues, don Cornelio muy á punto
De interponer recurso en el asunto.

Y apesar de dos leguas de camino
No se habian calmado los efectos
Ni de las narraciones ni del vino;
Por tanto persistia en sus proyectos
De hacer del seductor, del libertino
Con su propia mujer, cuyos afectos
Distaban del marido, cuanto dista
De decir la verdad un periodista.

Así fué que jamas, desde su boda,
Cabral habia estado mas galante :
Y aunque estaba reñido con la moda
Un espejo se puso por delante
En que su estampa recorriendo toda
Se le pintaba el gusto en el semblante
Al verse chico, gordo, colorado,
Ancho de las facciones y cuadrado.

Y despues de mirarse á su sabor,
Entregando el espejo á su mujer
Le dijo lo llevase al tocador
Con cuidado no fuéralo á romper.
Tomó luego el Pouget, de cuyo autor
Las páginas se puso á revolver
Guiñando á doña Clara entrambos ojos
De ardor hinchados y de vino rojos.

No entendia la dama aquellos gestos
Hácia qué fin estaban dirigidos
Ni aquellos ademanes descompuestos,
Ni el saltar de los músculos henchidos,
Ni el dirigirle dichos inmodestos,
Ni el clavarle los ojos encendidos :
Que todo esto en la calma de un esposo
Era, ademas de extraño, indecoroso.

Y solo discurria la manera
De llevarse á Cabral del aposento,
Para que don Alejo se escurriera
Antes de que una tos, un movimiento,
Un estornudo, en fin, le descubriera ;
Mas no pudo con todo su talento
Impedir que hácia el lecho se llegase
Y á su pié don Cornelio se bajase.

¡Y cuál fué su sorpresa cuando vido
Que la mano metió bajo la cama
Buscando alguna cosa su marido!
¡Perdida soy! dijo entre sí la dama.
Mas presto vió que solo habia sido
Para alcanzar... (no sé cómo se llama)
Con un objeto que al que está debajo
No le sirve de alivio en su trabajo.

Terminada esta prévia operacion
Don Cornelio se puso á desnudar,
Como dicen en Francia, *sans façon*
Ni dar tiempo á su esposa de chistar.
Presto quedó como el primer varon
Que se dejó de una mujer mandar,
A cuyo ruego y sin ninguna gana
Se comió la mitad de una manzana.

Fuerza fué á su mujer seguirle al lecho
Y procurar que luego se durmiera;
Pero ¿cómo adormir al que en el pecho
Un volcan parecia que tuviera?
Y ¿cómo contentarle, si en acecho
Estaba don Alejo hecho una fiera,
No tanto por la zaña y la bravura
Cuanto por la cuadrúpeda postura?

Empeñóse un combate muy reñido
(Sobre el cual será justo echar un velo)
Entre la casta esposa y el marido
No tan casto como ella; en cuyo duelo
El alférez real quedó vencido:
Y el amante, escuchando desde el suelo
Servia de padrino, acongojado
De pensar cuál seria el resultado.

Cobrando aliento para nueva lid
Entre su vencedora y la pared,
Yacia rasguñado el adalid
Devorado de zaña, amor y sed.
Cada cual meditaba algun ardid
Para rendir al otro á su merced,
Guardando tal silencio y tal quietud,
Que el lecho parecia un ataud.

En estos armisticios y demoras
Las once dan y empieza del amante
El maldito reloj á dar las horas
Con su campana sin piedad vibrante,
Tan pausadas, tan claras, tan sonoras,
Que á sofocar su son no fué bastante
La repentina tos y la algazara
Que metió al escucharlas doña Clara.

Con la mano apretábase el bolsillo
Don Alejo al sonar de la campana
Por apagar el golpe del martillo:
Dilijencia tan simple como vana.
Cual suele acontecer con un chiquillo
Qne empieza á hablar cuanto le da la gana
Por mas que con las manos se batalla
Por hacerle callar, y no se calla.

Y como don Cornelio bien sabia
Que de repeticion, como el presente,
Otro reloj en la ciudad no habia,
Sacó por consecuencia buenamente
Que aquel reloj, cuya campana oía
Era el de don Alejo : y en su mente
Jamas un raciocinio tan hilado
Desde su infancia habia devanado.

¿ Qué significa eso reloj maldito?
Exclamó don Cornelio echando un terno
En voz tan alta que rayaba en grito :
Qué hace aquí esa campana ó ese cuerno?
Sosiégate, cabeza de chorlito,
Le dijo su mujer en tono tierno,
Y echándole los brazos con modestia :
Mi querido Cornelio.... eres muy bestia.

Bonitas son tus chanzas, pero explica,
Cabral repuso ya con faz serena,
Ese reloj aquí qué significa,
Y dónde está que tan cercano suena?
Á medida que el diálogo lo indica,
Quitándose del cuello la cadena,
El reloj por el borde de la cama
Puso el amante en manos de la dama.

Ahí está lo que tanto te alborota,
Díjole doña Clara : no te asustes,
Jamas creí que fueras tan idiota!
Y respondió Cabral : dí cuanto gustes,
Que bien sé que lo dices por chacota.
Pero, por fin, dejándonos de embustes,
¿Quién trajo ese reloj, y con qué objeto?
Vamos, mujer, descúbreme el secreto.

Pues bien, repuso entónces doña Clara,
Supe que don Alejo lo vendia,
Y antes que otro ninguno lo comprara
Le mandé yo decir que lo queria,
Que me enviase el reloj y que aguardara
Hasta que tú volvieses, que seria
Mañana á mas tardar, para pagarlo :
Y don Alejo no tardó en mandarlo.

Y cuanto quiere el bárbaro por él?
(Preguntó todo trémulo Cabral)
Porque ese es un judío, es un lebrel,
Y se vendrá pidiéndome un caudal.
La esposa replicó con voz de miel,
Eres, Cornelio mio, un animal;
Doscientos pesos es un precio vil
Para un reloj que vale mas de mil.

Doscientas puñaladas fueran pocas,
Clamó el avaro, para ver su odiosa
Sangre correr por otras tantas bocas:
Habráse visto semejante cosa!
—¡Oh corazon mas duro que las rocas!
Murmuró su mujer medio llorosa:
¡Ah maldito cabron! pensó el amante,
¡Quién te cogiera á solas un instante!

¡Doscientos pesos! el traidor ignora
¿Cuánta faena y cuánta desventura
Cuesta al hombre de bien lo que atesora?
¿Cómo encorva su espalda con la dura
Fatiga, cuánta angustia le devora
Royendo el pan que escaso se procura
Á costa del trabajo de sus huesos?
Y él, maldito de Dios.... ¡doscientos pesos!

Sintió formarse en su garganta un nudo
Y terminó su insólita elocuencia
Con un bramido el ávido cornudo.
Escuchóle su esposa con paciencia,
Y así que vió que parecia mudo
(Cosa que acontecia con frecuencia)
Con un par de caricias y un suspiro
Les dió á sus pensamientos otro giro.

Vuelto en sí don Cornelio del acceso,
Tornó á sus pretensiones primitivas
Rompiendo el armisticio con un beso:
Y la dama tornó á sus negativas,
Y á sus temores el amante preso,
Dirgiiendo furiosas invectivas
Desde su corazon, contra el esposo
Que llamaba grosero y licencioso.

¡Tremenda sinrazon! pero yo creo
Que el mundo de otra cosa no está lleno;
Lo infiero así de todo cuanto veo,
De mi propio destino y del ajeno:
Siempre llama venal, al juez el reo,
El amante al marido llama obsceno,
Al pobre llama infame el usurero
Como el contrabandista al aduanero.

Pero todo va bien; es bueno todo
En nuestro dichosísimo planeta:
Todo está calculado de tal modo
Que reine la armonía mas completa.
En mi querida patria sobre todo,
Al ménos consta así de la Gaceta:
Dejémoslo rodar, y miéntras rueda
Gastemos bien el tiempo que nos queda.

Basta de digresion, y voy al grano;
Mas es lo malo que decir no puedo
En lenguaje modesto y castellano
La conclusion del conyugal enredo.
Dejarla de decir no está en mi mano,
De decírosla clara tengo miedo;
Porque quizá vuestro rubor se ofende....
Qué fortuna es hablar con quien me entiende!

Pero yo la disculpo ¿qué podia
En aquel caso hacer la desgraciada?
Adormecer á don Cornelio urgia
Y calmar su cabeza acalorada,
Item, el avariento le ofrecia
En desquite la suma mencionada,
Que con tanto calor negó primero;
Y ¿qué razon mas fuerte que el dinero?

Doscientos pesos y un reloj de oro
En pago de una leve complacencia
Es una tentacion que sin desdoro
Da en tierra con cualquiera resistencia.
¿Qué importa de un amante el triste lloro
Cuando media *la propia conveniencia*?
Lectoras, que á la dama osais culpar,
Os quisiera poner en su lugar!

La mañana siguiente ¡cosa rara!
Todo el mundo sabia la aventura
Que pasó entre Cabral y doña Clara
En el silencio de su alcoba oscura.
Sea que don Cornelio la contara,
Ó don Alejo hiciese la locura
De confiar el lance á algun amigo,
Todo el mundo lo supo, como digo.

Preguntaréis quizá de qué manera
El mismo don Alejo, y á qué hora
Pudo salir sin que Cabral le viera?
Vuestro obediente servidor lo ignora :
Mas luego que el marido se durmiera
Es probable lograse la señora
El hacerle salir por donde entró;
Lo que yo sé decir es que salió.

Y no quiero meterme en otra cosa :
El hecho fué que en el siguiente dia
Todo el mundo á Peleznez ó á su esposa
Llegaba á preguntar qué hora tenia.
Cada persona gárrula y ociosa
Alguna buena pulla prevenia
Que decir á los dos sobre el contrato :
¡Excelente reloj! ¡reloj barato!

¡Ah! señor don Cornelio, qué horas son
¿Qué tal noche? madama durmió bien?
Muéstreme usted su nueva adquisicion,
Le doy á doña Clara el parabien!
Digo, ¿qué significa ese chinchon
Que veo que le asoma por la sien?
¿Es cierto que asustaron á madama
Ciertos ruidos debajo de la cama?

Estas razones dichas tantas veces
Por todas las personas que encontraba
Hirieron el majin de Pelanueces
Que su significado no alcanzaba.
¿Qué me querrán decir con sus sandeces?
Á solas entre sí se preguntaba :
¿Qué me querran decir? y esta porfía
Con trabajo en su mente resolvia.

Mas de la duda le sacaron presto
De amigos una cáfila, sin duda
Por ver el nombre de Cabral bien puesto,
Cada cual ofreciéndole su ayuda.
El chisme y la calumnia algun pretexto
Busca sagáz, detras del cual se escuda
Y se complace en promover el mal
Afectando interes por la moral.

Vea usted, le decía don Tonino,
Que don Alejo y su señora esposa
Parece que han tomado mal camino,
Siento el decirlo : delicada cosa,
Es mezclarse en asuntos de vecino,
Pero por muy amarga y muy odiosa
Que sea esta verdad, yo se la digo
Para que vea usted que soy su amigo.

Don Sancho Bocafea le decia,
« Porque lo estimo á usted, señor Cabral,
Vengo á decir lo que callar querria;
¿Cómo ha de ser? lo exige la moral.
Parece que su esposa.... sentiria
Clavar á usted tan áspero puñal....
Dizque Veraguas es su.... chichisveo....
Así lo dicen, pero no lo creo. »

Don Luis Tenaza obró con mas franqueza
Sin rodeos, ni excusas, ni sermones,
Le contó de los piés á la cabeza
El suceso con notas y adiciones :
Y para demostrarle la certeza
De tal desgracia, á mas de sus razones
Le citó el testimonio de Malhaya
Que hacia un mes vivia en atalaya.

Escuchaba callado como un muerto
El marido las honras de su esposa,
Con semblante confuso y aire incierto
Como si compasase cada glosa :
Inmóvil, cabizbajo y boquiabierto,
En una y otra arenga maliciosa
Á medias enterándose del testo,
Al orador seguia con el gesto.

Mas las arengas tan seguidas fueron,
Y su deshonra tanto ponderaron
Á Cabral, que por fin le persuadieron
De que estaba furioso; y no pararon
Hasta que ardiendo en cólera le vieron
Segun de sus casillas le sacáron;
No ostante el ser de suyo don Cornelio
Mas paciente y cabron que Marco Aurelio.

Con el dedo tocándose la frente
Pensaba cuál partido tomaria
En tan difícil caso y tan urgente,
Como el de ver su honor en agonía.
Las ideas á pausas por su mente
Perezosas y tardas revolvia,
Como aquel que una rueda de molino
Hace rodar por áspero camino.

Vino á fijar por fin el pensamiento
En consultar con fray Gregorio Holgado,
Franciscano, ex-guardian de su convento,
Gran latino, doctor y jubilado.
Hallábase en su celda soñoliento
Sobre un sillon al muro recostado,
En la mano un volúmen entreabierto
Y el rostro mas dormido que despierto.

Deo gracias! — Quién es? — Yo soy: — ¡Adentro!
Tronó la voz del sabio religioso
Al salir de Peleznez al encuentro
Con paso grave, lento y majestuoso.
Saludóle, y girando sobre el centro
De su talon izquierdo, á su dichoso
Silon tornó mostrándole por señas
Al huésped otras sillas mas pequeñas.

Sumido fray Gregorio en su poltrona
Y despues de sentado el caballero,
Se comenzó á informar de su persona
Y de su esposa le informó primero.
Nil potentius est muliere bona,
Le dijo: y sacudiendo el tabaquero
Llevólo á la nariz el reverendo
Y la nariz sonóse con estruendo.

Comenzó don Cornelio balbuciente
Á dar razon de su presente apuro,
Y el fraile á responder con un torrente
De frases en latin del mas oscuro.
Pedir consejo es de varon prudente,
Concilium bonis datur : lo seguro
Es vivir bien ; el sabio lo acredita:
Bene vivere melius est quam vita.

Señor, dijo Cabral, lo que deseo
Deciros brevemente es que mi esposa....
Y el fraile interrumpióle : ya lo veo,
Algun disguto, ó semejante cosa :
Bien puede usted decirla sin rodeo,
La mujer es altiva y rencorosa,
Contumelias afficere est muliebre,
Ni se puede tocar sin que se quiebre.

Padre, no es eso solo lo que pasa,
Le replicó Peleznez ; es mas serio
El mal que pesa hoy sobre mi casa.....
Y el fraile, ¿ pues á qué tanto misterio?
Fictilia sunt corpora nostra vasa.
Frágiles somos todos : refrigerio
Del mal es confesarlo : gran doctrina !
Confessio sit erranti medicina.

Por mucho que admirase tanta ciencia
(Ya que por ciencia su latin tenia)
Cabral se consumia de impaciencia
Cada vez que el doctor le interrumpia.
Señor, díjole, hablando con licencia
De Su Paternidad, lo que me guia
Á pedirle consejo es que mi esposa
Engañándome vive cautelosa....

Omnia sunt fraudis et perfidiæ plena,
Respondió el doctor : aquesta vida
De perfidias y fraudes está llena :
Usted tirante téngale la brida
Á su mujer: y con la faz serena
Dígale : « te conozco, mi querida,
No me engañan tus fábulas astutas :
Ignota nobis verba dare putas ? »

¿Dar en qué? ¡Habrá latin mas insolente!
Gritó Cabral tomando su sombrero:
Calle, padre, su lengua maldiciente...
Bien puede ser verdad, mas yo no quiero
Que nadie me lo diga frente á frente;
Pero ¿qué es lo que digo, majadero?
El fraile replicó : me entendeis mal,
¡Insolente latin! dijo Cabral.

Y el final este fué de la consulta
(Si acerca del honor alguna cabe)
De que despues veremos la resulta,
Mas de lo que parece, séria y grave.
Cuando un lance de amor se dificulta
Se pone tal un hombre, que no sabe
Si tiene á Satanás entre el pellejo,
Y en este caso estaba don Alejo.

Y en este caso don Alejo estaba
De rivales envuelto y de vecinos
Cada paso observándole que daba,
Y cubriéndole todos los caminos.
Por cualesquiera parte se encontraba
Los Malhayas, los Moscas, los Toninos,
De su conducta todos en acecho
Como si les tocase de derecho.

No es posible explicar lo que sufria
La triste doña Clara por su parte,
Que bajo el zelo de Cabral vivia
Como bajo la guarda de un baluarte.
Escuchaba sermones todo el dia,
Sermones adornados con tal arte
Que producian el efecto propio
Que producen tres granos de buen ópio.

No, querida, no creas que me engañas,
Le decia Peleznez : no lo creas :
Conozco tus malicias y tus mañas
Por mas astuta y mas falaz que seas.
Tú misma te descubres y te dañas
Con las artes torpísimas que empleas :
Ex muliebre datur, voto á Cristo!
¡No sé cómo á la cólera resisto!

Es principio asentado y conocido
Que toda *accion* la *reaccion* provoca
Ya sea de un gobierno, de un marido,
Ó de una masa que con otra choca.
La mujer de Cabral así que vido
Su prision mas guardada que una roca
Cual la de Gibraltar ó Santa Helena,
Despechada mordia su cadena.

Descuidóse por fin una mañana
Y permitióle el vigilante esposo
Ir á ver á su amiga Doña Juana,
Mujer de don Jerónimo Cardoso.
Poco tardó en hallarla en la ventana
Don Alejo solícito y ansioso,
Y en comenzar un diálogo con ella
Ó sea idilio, en forma de querella.

NOTA. — En este estado quedó la 2.ª parte, por la muerte prematura del autor.

Notas del reloj.

(1).... Er'egli, per esempio, un po'mordace
Un po'burbero, un po'provocativo,
Un po'avido, un po'falso, un po'vorace,
Un po'arrogante, un po'vendicativo,
Ma questi diffettuzzi io non li conto
De'suoi massimi meriti in confronto.
CASTI — *Gli anim. parl.* — Canto 3.

(2)...... Acxopil, emperador de Utatlan, dividió su imperio en tres reinos: el del Quiché, el de Kachiquel y el Zutugil. — Estos tres reinos componen una gran parte, ó mejor diré, la mayor del Estado de Guatemala, lo cual me movió á llamarlo reino de Utatlan.

(3) El paseo de Santa Cecilia se hacia en me-

moria de la fundacion de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en 22 de Noviembre de 1527. Algunas personnas creían (entre ellas el cronista Vazquez) que este paseo recordaba una victoria decisiva alcanzada el dia de Santa Cecilia; y aunque se sabe muy bien que no hubo tal victoria en ese dia, basta para que yo la diga en una *estrofa*, la autorizacion del roferido Vazquez.

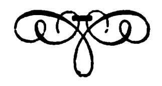
(4) Alude á los indígenas de Ciudad-Vieja, pueblo inmediato á esta ciudad, formado despues de la ruina de 773, por los naturales del pueblo del mismo nombre que se halla en la Antigua Guatemala, y traen su orígen de lós indios de Tlaxcala que vinieron con el conquistador D. Pedro de Alvarado.

(5) El antiguo y único escuadron que habia en Guatemala al tiempo de la independencia, que solo se reunia para las grandes funciones.

(6) En algunas de esas funciones se han servido 400 clases de dulces.

(7) Damos el nombre de Aguilucho al Águila que se encuentra en las florestas de nuestras *costas* ó tierras bajas del lado del mar. Es una ave de rapiña, muy grande, negras las alas y el pecho blanco. Es mas bien un Milano gigante. Pero se entiende aquí por Aguilucho el pollo del águila.

(8) La estrofa de este lugar no ha podido desçifrarse del original que el autor dejó sin corregir.



SAN JUAN

Sylva cæpax avi, validaque iucurva senecta,
Æternum intonsæ frondis stat pervia nullis
Solibus. . . . . , ...
. . . et exclusæ pallet mala lucis imago.
Stat. Yueb. —

De fieras poblado, de selvas cubierto
Que vieron erguidas cien siglos pasar,
Allá en Nicaragua se extiende un desierto,
Sus historia.... ninguna! su límite...... el mar.

Montañas sin nombre las nubes asaltan
Del yermo lanzadas dó esconden el pié :
Sus faldas en vano de verde se esmaltan,
De alfombras se cubren que el hombre no vé.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
No viste sus valles de espléndidas galas,
No danzan en ellos ni cantan amores
Apuestos donceles con lindas zagalas.

Sin templos, sin puentes, sin arcos, sin muros,
Ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas,
Por esos desiertos callados y oscuros
Ni cúpulas brillan ni suenan campanas.

Ni triscan ganados, ni hogares humean,
Ni riegan jardines arroyos suaves,
Ni cultas campíñas la vista recrean,
Ni trillan la tierra domésticas aves.

Sus vegas infestan salvajes desnudos
Cruzando sus aguas en toscos acales :
Caimanes feroces, voraces, membrudos
Disputan con ellos sus turbios canales.

Alli la serpiente sus roscas arrastra
Colgada la vista del leve esquirol,
En húmedo surco trazando su rastra
Que nunca secaron los rayos del sol.

Sus alas fornidas el águila tiende
Del monte corona, del viento sultana,
La atmósfera gime que rápida hiende
Apénas descubre su presa lejana.

Del tigre sangrienta la cuádruple garra,
Su paso revela grabada en la tierra,
Ó el bálsamo duro y el cedro desgarra,
En cuya corteza profunda se entierra.

Parece el desierto coloso dormido
Que inmóvil ostenta su máquina inerte;
Gigante que yace por tierra tendido
En torno velándole un ángel de muerte.

Azul y amarillo sus anchas espaldas
Un manto cobija, con montes por borlas
Y abismos por pliegues, haciendo á sus haldas
Del mar las espumas blanquísimas orlas.

Del mar al oriente, conturban las olas
¡Oh páramo inmenso! tu mágica escena,
Royendo tus playas ardientes y solas,
Tragando tus rios, mordiendo tu arena!

Tus fastos publican, sin mas monumentos
Ni rotas columnas que marquen tus eras,
Tus ceibas que arrancan con raices los vientos
Ó heridas del rayo tus altas palmeras.

Mortales aromas tus auras derraman,
Tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracan,
Tus trovas de amores las hondas que braman,
Tus luces la hoguera que arroja el volcan.

Tus hojas devoran la luz de la luna
Al suelo robando sus rayos de plata:
Distante, dormida, la clara laguna
Su disco refleja, su imágen retrata.

Tu nombre tenia mi amigo, mi hermano (*),
Sobre él derramaste tu odioso veneno
Apénas bebiendo su aliento lozano
El hálito impuro que brota tu seno.

Por él te maldigo! por él te saludo!
Mis lágrimas guarda, maldito desierto,
De prados, de mieses, de flores desnudo,
De fieras poblado, de selvas cubierto.

(*) *Alude á la muerte de D. Juan Batres, hermano del autor, acaecida en San Juan de Nicaragua.*

SUICIDIO

Llegó en fin á este presidio (*)
Inserta en el Semanario
(Periódico literario)
La contienda del suicidio.
Para matar el fastidio,
Por no decir otra cosa,
Saco mi Musa quejosa
De vivir arrinconada,
Como quien saca su espada
Para ver si está roñosa.

Á todos hablar prometo
Sin ofender á ninguno
Que á todos, uno por uno,
Los estimo y los respeto.
Á decidir no me meto
Quien es quien tiene razon;
Solo diré mi opinion
Con modestia ó sin modestia,
Que suele causar modestia
Afectar moderacion.

Muchos siglos van corridos
Desde que hay suicidados,
Amantes menospreciados
Y jugadores perdidos.
Tantos sábios distinguidos
Han tratado del esplin
Y del suicidio, que al fin
Disputar está demas
Sobre si es *nefas* ó es *fas*
(Que yo tambien sé latin).

Tengo por mal argumento
Para quitarse la vida
El citar algun suicida
De valor ó de talento.

(*) *El autor se hallaba ausente en un pueblo.*

Por uno se encuentran ciento
De la mas ilustre fama
Que terminaron su drama
Enfermos, asesinados,
Borrachos, apaleados,
En la horca y en la cama.

Lector, si fuera á exponerte
Tantos ejemplos diversos,
Llegaria haciendo versos
Á la hora de mi muerte.
Citaré algunos, y advierte
Que no quiero fastidiarte :
Ve leyendo hasta cansarte,
Y así que estés muy cansado
Descansa, lector amado,
No vayas á suicidarte.

Marco Bruto se mató
Por no vivir en cadenas,
Y para alivio de penas
Cayo Casio le siguió.
Cada cual en esto erró,
Y aunque probarlo no sé,
Á Montesquieu citaré
Que dice que cada cual
Hizo en matarse muy mal,
Y él sabrá muy bien por qué.

Esos dos se suicidaron
Y Pompeyo . . . pero nó,
Pompeyo no se mató,
A Pompeyo le mataron
Y ni muerto le dejaron :
(Es cosa que escandaliza)
Que con una hacha maciza
Le dividieron el cuello.
De solo pensar en ello
Hasta el pelo se me eriza.

Mitrídates, rey del Ponto,
Se mató, no por su mano,
Mas por la de un veterano
Muy obediente y muy tonto.

Ero se echó al Helesponto
Al ver á Leandro ahogado,
(El pobre no era pescado)
Y nadar de noche, á obscuras;
¡Ay infelices criaturas!
Dios las haya perdonado.

Annibal tomó veneno,
Scipion murió degollado,
Cinna fué descuartizado
Y arrastrado por el cieno.
Cleopatra metió en su seno
El gusanillo del Nilo:
De peste murió Camilo,
Adriano de hidropesía
Y Séneca de sangría
Por órden de su pupilo.

Lucrecia de una estocada
Le dió fin á su existencia,
Á mi entender por demencia
Mas bien que por recatada.
Safo al reves: desechada
Por un mozo vagamundo,
Tuvo un pesar tan profundo
Que de un salto se mató:
Salto que no diera yo
Por todo el oro del mundo.

El apóstol Iscariote
Se echó un dogal en la gola
Por falta de una pistola,
De un puñal ó de un garrote.
Les deseo el mismo lote
Á todos sus sucesores
Que á su patria y bienhechores
Clavan saetas agudas,
¡Que se maten como Judas
Los ingratos, los traidores!

De los hombres que vivieron
Y su nombre nos dejaron
Unos cuantos se mataron
Y los demas se murieron.

Lo mismo que ellos hicieron
Hacemos en conclusion.
Esta es la sola razon
Clara, palpable y notoria
Qne se saca de la historia
Acerca de la cuestion.

Nadie me puede negar
Que le pongo en que elegir
Sobre el modo de morir
Un modelo que imitar.
Si me quieres preguntar,
Lector, cuál me gusta mas,
(Quizá lo adivinarás)
Digo lo que tu dirias,
Es decir, Enoch y Elias
Que no murieron jamas.

Si el matarse es cobardía
Ó si es acto de valor,
Es cuestion que con furor
Se discute cada dia.
Sí es prudencia ó tontería
Es lo que decir no puedo:
Pero afirmo con denuedo,
Ya que de afirmar se trata,
Que es cobarde el que se mata
Cuando se mata por miedo.

El alacran se suicida
Cunndo le cercan de fuego :
Se suicida el topo ciego
De un golpe ó de una caida.
Tambien se quita la vida
La mariposa en la llama ;
Buscando lo que mas ama
Se mata un hombre enviciado,
Y con un corsé apretado
Suele matarse una dama.

Mas solo de esta manera
Es permitido matarse :
Herirse ó envenenarse
Es delito en donde quiera.

¿ Quién hay que tan necio fuera
Que negara la partida,
Cuando digo que el suicida
Desde Siam al Perú
Y del Brasil al Pegú
Tiene pena de la vida ?

Descansa ya, musa mia,
De tan penosa jornada,
Que no estás acostumbrada
Á tanta carnicería.
Gustoso continuaria
Escuchando tu cancion ;
Mas no tengo corazon
Ni soy capaz en conciencia
De ver con indiferencia
Semejante matazon.

¡ YO PIENSO EN TI !

Yo pienso en tí, tú vives en mi mente :
Sola, fija, sin tregua, á toda hora;
Aunque tal vez el rostro indiferente
No deje reflejar sobre mi frente
La llama que en silencio me devora.
En mi lóbrega y yerta fantasía
Brilla tu imágen apacible y pura,
Como el rayo de luz que el sol envia
Al traves de una bóveda sombria
Al roto mármol de una sepultura.
Callado, inerte, en estupor profundo,
Mi corazon se embarga y se enajena,
Y allá en su centro vibra moribundo
Cuando entre el vano estrépito del mundo
La melodía de tu nombre suena.
Sin lucha, sin afan y sin lamento,
Sin agitarme en ciego frenesí,
Sin proferir un solo, un leve acento,
Las largas horas de la noche cuento
¡ y pienso en tí !

AL VOLCAN DE AGUA (*)

Sobre la gran muralla americana
Altivo torreon, vecino al cielo,
Su cúspide levanta soberana,
Á dó jamas osó llevar su vuelo
La reina de las aves atrevida
Que en la cuna de Júpiter anida.

Gigante es Almolonga entre los montes;
Fuerte, soberbio, grande entre los grandes.
¡Cuál domina millares de honrizontes!
¡Cómo huella la cumbre de los Ándes!
¡Cómo mira á su falda avasalladas
De cien montes las cimas encumbradas!

Cuando animado el pensador profundo
De la sublime inspiracion divina,
Quiere ver á sus piés el ancho mundo
Y al vértice elevado se encamina,
¡Cómo vá sus ideas ensalzando
Al par que vá subiendo y vá mirando!

Allá en su patria misma el fiero rayo
Oye bronco tronar bajo su planta,
Y el Sol que el monte hiere de soslayo,
Y la nube que lenta se levanta,
Y su sombra, contempla, que distinta,
Cual espectro en la atmósfera se pinta.

Verde, risueña, alegre, la campaña
Que mil arroyos cruzan argentínos
Divisa, y la ciudad y la cabaña;
Y el cerro con sus bosques y sus pinos;
El lago de cristal, la fértil vega
Y el rio transparente que la riega.

Mira á un lado el Océano poderoso
Cuyas ondas azules van lamiendo
La inmóvil planta al terrenal coloso:

(*) *Llamado así vulgarmente á causa de las aguas que recogidas en su cráter, rompieron, causando la inundacion de la primitiva ciudad de Guatemala en* 1542.

Al Izalco, por otro mira ardiendo
Y allá en una comarca mas distante
El Momotombo miaa fulminante.

Y sin saciar su vista ni su mente,
Por estrecho sendero y escarpado
Baja de la montaña lentamente
El sábio á sus ideas entregado.
Tal virtud, tal poder, tal fuerza encierra
¡Aquel gran monumento de la tierra!

Se vuelve y vé de la montaña erguida
En la cintura atlética azulada
Cándida zona en derroder ceñida,
Y la sublime cúpula adornada
De suspendida nubecilla leve,
Desecha y pura y blanca como nieve.

Y el filósofo en éxtasis admira
Las obras portentosas de natura,
Y quiere comprenderlas y suspira
Al ver su presuncion y su locura :
Y su saber y su razon humilla
Ante el autor de tanta maravilla.

Luego exclama el filósofo admirado :
« ¿Veis ese monte altivo y desmedido
» Que tantísimos siglos ha pasado
» Grande, soberbio, silencioso, erguido,
» Cual monarca del norte de los Andes?
» Pues ahí cerca hay otros dos mas grandes. »

LA ROSA

ODA

Traduccion de la oda anacreóntica de BERNARD Tendre fruit des pleurs de l'Aurore.

Tierno fruto del llanto do la aurora,
Reina de los jardines soberana
Del imperio de Flora,
Que en la fresca mañana
En recompensa del olor que exhibes
Dulces besos del zéfiro recibes :

Abre al momento, el virginal capullo,
Presta tus hojas á la suave brisa,
Múéstrate con orgullo.....
Mas no : no te des prisa,
Que el instante en que mas vas á hermosearte
Es el mismo que debe marchitarte.

Flor nueva como tú, Flérida bella,
Mas quo tù es fresca, hermosa, rutilante.
Tú has de brillar como ella,
Y ella á ti semejante,
En llegando la tarde de su vida,
Marchita se verá y descolorida.

Mas hoy, vete á morir en su albo seno :
¡ Cuánto envidio tu dicha, tierna rosa !
En jardin tan ameno
Tú no serás hermosa :
De envidia morirás, y es tal mi suerte
Que trocára mi vida por tu muerte.

En el seno de Flérida un suspiro
Te dará nuevo ser : sabrá guiarte
Amor en tu retiro
Dó debas inclinarte.
No incomodes su vista aun sin pensarlo,
Su pecho adorna, mas sin ocultarlo.

Si algun mortal con atrevida mano
Envidiando tu dicha y tu destino
Sacrílego, profano,
Llega al vergel divino,
Véngame con tus armas naturales,
Guarda una espina para mis rivales,

Diciembre 10 *de* 1831.

LA TRANQUILIDAD

Del filósofo el ánima quieta
No de Cintio la palma ambiciona :
Ni de Marte sangrienta corona,
Ni de amor engañaso placer.
Con espíritu libre y tranquilo
Vé formarse y pasar la tormenta :
Ni del grande el favor le contenta,
Ni le asusta enemigo poder.

El efímero, público incienso
Por él pasa y ni rastro le deja :
Ni la injusta censura le aqueja,
Ni del necio la burla mordáz.
Ni del cínico afecta el desprecio,
Ni del fátuo el orgullo insolente :
En sus obras un medio prudente
Es orígen de dicha y de paz.

Del selvático músico escucha
En el bosque los dulces gorgeos,
¡Qué agradables son estos paseos
Solitorios del alba al nacer!
Si de un límpido arroyo á la orilla
Le inclina en el césped verdoso,
¡Qué feliz es en este reposo!
¡Con qué gusto vé al agua correr!

1832.

CUENTO

Una vieja soltera se moria
Y sin cesar pedia
Al confesor que estaba cerca de ella
La palma y la corona de doncella;
Y su afan era tanto
Que era capaz de impacientar á un santo,
Aunque no lo mostrase el padre cura,
Hombre muy ponderado de dulzura.
Una de tantas veces, sin embargo,
Que estaba repitiéndole el encargo
Nuestra vírgen anciana
Por centésima vez en la mañana,
Aburrido el pastor de aquella tema
Á la vieja le dijo con gran flema :
« Mire, tia Pascuala, que la cosa
Es algo peligrosa,
Pues si su doncelléz no es verdadera,
Y la van á enterrar de esa manera
Cubierta con insignias virginales,
El menor de sus males
Será el ir al infierno en cuerpo y alma
Tan solo por la culpa de la palma :
Mírese bien en ello, madre mia,
Y no le salga cara su porfía. »

El Señor, le responde, me es testigo
Que no reza con migo
Eso que V. acaba de decirme.
¡Si por algo no temo yo el morirme....!
Ello... al fin... es del todo... indiferente...
Pero... mejor será.... porque la gente...
No vea... vanidad en mi persona
Que me entierren sin palma ni corona.

ROMANCE

Es un jóven desgraciado
Como una rosa marchita,
Frescura y color le quita
El sol que la ha marchitado.

Apénas la sombra queda
De la forma que perdió :
Ya el olor se disipó,
No hay quien volvérselo pueda.

Huye de tedo consuelo,
Que el infeliz no le tiene .
Ni esperanza le mantiene,
Este grato don del cielo.

En su profundo estupor
Y desesperada calma,
Ya no lisonjean su alma
Ni la gloria ni el honor.

Como un volcan abrasado
Su adolescencia pasara;
¡Cuán violento palpitára
Su corazon arrojado !

Hoy para todo está muerto
Que el corazon arrogante
Cayó frio en un instante
Y de tristeza cubierto.

Otro hombre jamas ha habido
Que algun bien no haya gozado ;
Mas él siempre desgraciado
Y nunca dichoso ha sido.

La esperanza ni una vez
Vino á alimentarle un rato :
No tendrá un recuerdo grato
Con qué aliviar su vejez.

Mírale, tierna doncella,
Mira aquella alma postrada :
Que encienda una tu mirada
La vida que aun resta en ella.

Para la piedad naciste,
Tu mision es la ternura :
No seas con él tan dura :
Vedlo : casi ya no existe.

Mas ¿rehusas, doncella hermosa,
Dar fin á tan cruel tormento?
¿No te mueve ni un momento
Su desdicha lastimosa?

Ya su mal está colmado :
¡Oh muerte! ¡oh nada desierta!
Abre, eternidad, tu puerta
Para que entre un desgraciado.

LA CAMPANA DE LA AGONIA

Hay una hora marcada
En la existeucia del hombre,
Funeral, inesperada
Que sin medida y sin nombre
Vaga entre el ser y la nada.
En que zozobra la vida
Como la nave perdida
Sobre arrecifes de mar;
En que la mente afligida
Comienza á desesperar.
Hora de silencio y calma,
De dudas y desvarío
Para el corazon impío;
De consuelo para el alma
Que creyó sin extravío.
Es la hora que estremece
Torturado al pensiamento;
Y á par que la angustia crece,

La ilusion se desvanece
Y nace el remordimiento.
De gótica torre un son se derrumba
Que triste es de oir :
Tremendo resuena y hiere una tumba
Que se vé entreabrir.
Es una voz de sepulcral acento
Del confin de los mundos desprendida,
Que anuncia ya cercana una partida
Para aquel mundo que el dolor soñó.
Es de la muerte el ala resonante
Que por la sien descolorida pasa,
Y con su hielo el corazon abrasa,
Como el granizo á bella Jericó!
Aquel sordo clamor de la campana,
Es la sentencia que á morir condena;
Si triste hoy para el doliente suena,
Para un cadáver sonará mañana.
¡ Tristísimo es morir... ! cuando la mente
Un alhagüeño porvenir columbra;
Cuando todo es placer y el Sol alumbra
Tanta armonía.... tanta flor naciente.
Cuando nubil el corazon se agita,
Rico en sueños de amor y juventud....
¡ Verlo despues en lugubre ataud....
Fétido tronco que en la paz dormita !

Aquel terrible sonido
Por aquella hora extrem
Suena en el febril oído
Como celeste anatema,
Como funeral gemido.
La lúgubre entonacion,
Luego prolongada muere
En la vacía extension,
Y la campana-rehiere
Su trémula vibracion.
Por el aire se derrama,
Y hasta la doliente cama
El son presuroso vá,
Hiriendo al paso la llama
Quo amortiguándose está.
Ora la luz se desprende
Vaciladora y girante,

Del pábilo ya humeante :
Ahora torna y lo enciende
Para alumbrar un instante.
Y en la lámpara que oscila
Se clava del moribundo
La dilatada pupila,
Creyendo que el ancho mundo
Se desploma y aniquila.
Mira el reloj... y le espanta
Ver la manecilla leve
Que en su círculo se mueve
Y al término se adelanta
Que ha de marcar en breve.
En tanto la voz sonora
Que la campana repite
Escucha, que aterradora
Parece tocar la hora
Para el sepulcral convite.
Vuelve á sonar, y á medida,
Se vá apagando una vida —
Se vá apagando la luz. —
Y quedan por despedida....
¡ Una tumba — y una cruz !

José María Suireto.

Parodia de la composicion precedente.

LOS MARRANOS EN AGONIA (*)

Hay una vieja malvada
Huéspeda de mi persona,
Cavilosa, remilgada ;
Que sin parecerse á nada,
Vaga entre cafre y lapona.
Que pasa triste su vida
Como lagarta parida
Orilla de un lodazal :
Que vive mas aburrida

(*) *El autor compuso esta parodia en Amatitlan, viviendo en una casa vecina á la matanza de Marranos.*

Que un pez en un arenal.
Vieja de enagua y zapato,
De bienes y de dinero
Para el feliz heredero :
De andar semejante al pato,
De bello cutiz de cuero.
Es la vieja que abastece
De pan y de longaniza,
Y al par que la venta crece,
Si la harina se encarece
La revuelve con ceniza.
De rústica horca un grito se lanza
Que horrible es de oir,
Agudo resuena y hiere una panza
Que se vé entreabrir.
Es una voz de moribundo cerdo
Del confin del gaznate desprendida,
Que anuncia ya cercana una comida
Para el gloton que su pernil compró.
Es el adios del Puerco agonizante
Cuyo chillido hace temblar la casa,
Tanto que á veces creo que la arrasa
Como el clarin á bella Jericó.
Aquel sordo clamor de la marrana
Es el reloj que á madrugar condena ;
Si triste hoy al dormilon le suena,
En mil sartenes chillará mañana.
Riquísimo es freir... ! cuando el ambiente
Una morcilla y un jamon perfuma,
Cuando la grasa ostenta entre la espuma
Tanto azafran, tanto piñon caliente !
Cuando gentil un salchichon se agita
Rico en pimienta, en salsa, en peregil !
Cuando en su plato el aleman pernil
Con su fragancia el apetito excita !
Aquel agudo chillido
De aquel animal cebado
Despierta al hombre dormido
Como la diana al soldado,
Como la esposa al marido.
La infernal entonacion
Repite incesantemante,
Sin causarle compasion

Á la soñolienta gente
Que dá al diablo la cancion.
Por el aire se derrama
Y hasta la caliente cama
El son penetrante vá,
Semejante al de una rama
Que desgajándose está.
Ahora la vieja se prende
Su delantal por delante,
Y al animal echa el guante :
Ahora torna y lo hiende
Y lo desuella al instante.
Y en el animal qne chilla
Enclava la vieja al punto
La colorada cuchilla,
Creyendo que todo el unto
No cabe en una escudilla.
Mira el lechon, y le espanta
Ver al animal aleve
Que todavía se mueve,
Y pide, aunque es una santa,
Que el demonio se lo lleve.
En tanto la matadora
Que su actividad ostenta
Maldice de la demora,
Porque ya suena la hora
Para comenzar la venta.
Vuelve á zajar : y á medida
Se vá haciendo la comida;
Se vá vendiendo el lechon ;
Y quedan por despedida....
Una tripa y un tendon !

Amatitlan, 1839.

DECIMAS

ENIGMA

Lector, si eres entendido
Adivina el nombre amado
Bien puesto y disimulado
En este verso escondido :
Reflexiona que el sentido
No indica como se llama

Aquesta querida dama.
Recurre á las letras, pues,
Donde encontrarás tal vez
Al objeto de mi llama.

Derrepente

1.ª

No siempre es indiferente
El que adrede lo publica,
Que este mismo empeño indica
Lo que pasa interiormente.
Su indiferencia aparente
Que tan bien sabe fingir,
La fingirá hasta morir,
Pues para mayor pesar
Se vé obligado á callar
Lo que quisiera decir.

2.ª

Te haces muy poco favor
Si piensas, Anarda amable,
Que á un triste mortal es dable
Verte y no tenerte amor.
Conócete á ti mejor,
Conóceme á mí tambien,
Que mi amor se muestra bien,
Y el caso lo has de mirar
Si has visto representar
El Desden con el Desden.

3.ª

No todo se ha de entender
En sentido tan estrecho,
Que en siendo por mi provecho
Hablo como es menester.
Lo mismo sabes hacer
Si con algun temor hablas
En conversacion que entablas ;
Pues las bolas del billar
No todas se han de tirar
Directas, sino por tablas.

EN UN DIA DE CAMPO

En Sonsonale, 1829.

1.ª

Es cosa bien conocida
Que el beber á tu salud
Le dá al vino la virtud
De alargar mucho la vida.
Así es, Canducha querida,
Que cuando te miro creo
Que vivo porque te veo
Y no morir imagino;
Si es que á mí me diese el vino
La salud que te deseo

2.ª

Llenemos otra copita
De aqueste néctar divino,
Aunque nada vale el vino
Si no bebe Manuelita.
Esta bebida exquisita
Que alegra, aviva y entona,
Que la dicha proporciona
Y que es hija de una viña,
La bebo por que te ciña
La cabeza una corona.

3ª.

Hermosa copa que vas
Á habitar en mis entrañas,
Y que el corazon me bañas
Con el gusto que me dás:
Ven acá, no tardes mas,
Vé la dicha que te aguarda;
Ven, vuela, no seas tarda,
Camina con prontitud,
Pues te bebo á la salud
De la divina Bernarda.

OTRA DE DOBLE SENTIDO

leyéndose de abajo para arriba

Si crees, Silvia, que te quiero
Crees muy bien; y crees muy mal
Si crees que no soy formal,
Si crees que soy embustero.

Crees, Silvia, lo verdadero
Si crees que te amo de veras,
Estás creyendo tonteras
Si estás creyendo al reves,
Es mentira : y muy bien crees
Si cierto mi amor creyeras.

CUARTETO DE IGUAL CLASE

Si te han dicho que te quiero
Te han dicho bien ; y han mentido
Si te han dicho por descuido,
Que solo amo tu dinero.

¡ MARIA !

Esa que veis, gentil como la aurora,
Ninfa graciosa del rosado velo
Tierno destello del azul del cielo,
Exalacion de Céfiro y de Flora :
Esa deidad que entre los hombres mora
Como flor trasplantada de otro suelo,
Como avecilla que cortó su vuelo
Y en nido extraño por su nido llora :
Mas serena que el íris de la alianza,
Mas placida que el rayo de la Luna,
Mas fresca que la gota del rocío,
Mas suave que el placer de la esperanza,
Mas dulce que el reir de la fortuna,
Es la beldad que adora el pecho mio.

CANCION

Aquí en mi pecho oculta está
Mi violenta pasion :
Mas á tu vista no podrá
Callar mi corazon.
Jamas, jamas te pediré
Alivio á mi dolor,
Y silencioso yo sabré
Morir de tanto amor.
Eterno fuego arderá en mí
Con palidez mortal,
Oculto á todos y aun á tí
Cual llama sepulcral.
Destroza, hiere sin piedad,
Ejerce tu rigor

Si puedes verme con frialdad
Morir de tanto amor.
Léjos de tí presto estaré,
Huye de mí, que yo
Siempre por tí preguntaré,
Si eres feliz ó nó.
No juzgues, no, mi languidez
Por tu calma interior;
Que tú tambien alguna vez
Sabrás lo que es amor.
Amar, callar, vivir sin tí,
Vivir en el dolor,
Tal es mi suerte, Cora, sí
Tal es mi triste amor.

SONETOS

Este soneto y el siguiente fueron compuestos cuando el autor era muy jóven.— Sirva de disculpa.

Salga el guerrero con marcial estruendo
De bélicos tambores aturdido;
Tenga su corazon empedernido
Y haga destrozos su cañon tremendo.
Multiplique su brazo siempre horrendo,
Horrores que la guerra ha producido;
Prive á millares de hombres de sentido,
Que nada de esas glorias yo pretendo.
Y no quiero poseer esa locura,
Quiero mas ser pacífico que fiero,
Mas quisiera tener de amor figura
Que la figura del valor guerrero,
Porque con Filis una vida oscura
Pero dulce y sabrosa pasar quiero.

Agua las peñas, y el diamante duro
Masa se muestra á fuerza de mi llanto;
La firme roca, viendo mi quebranto,
Su solidéz perdió, la imitó el muro.
El antiguo torreon siempre seguro
Lágrimas se volvió al oir mi canto,
Y el corazon de Filis entretanto
Rehusa participar mi fuego puro.
Quien viere á Filis cruel aborreciendo
Y luego me mirare firme amando;
Ella su corazon endureciendo
Y yo el de los diamantes suavizando,

Verá que mi querella está volviendo
El de ella duro, el de las peñas blando.

Al Sr. Dr. D. Nasario Teledo, el dia que recibió insignia de Dr. en Medicina.

Si mereció el guerrero justamente
De verde lauro ver su sien ornada
Al envainar la asoladora espada
Que fué terror de la oprimida gente;
Tú que al alivio del mortal doliente
Dedicas el afan de tu jornada,
Del laurel de MINERVA celebrada,
Con mas razon coronas hoy tu frente.
Esa borla que brilla en tu vestido,
Es una flor del árbol de la ciencia,
Cuyo fruto recoge el afligido.
Ella pone, **Toledo**, en evidencia
Cuán alto honor alcanza el que ha podido
Suavizar dc la muerte la violencia.

A PIRRA

(Traduccion libre de Horacio.)

¿Quién es ¡oh Pirra! el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores
En la gruta del vergél?
¿Á quién con nardos y rosas
Tejes el blondo cabello?
¿En qué nueva faz el sello
Del ardiente labio posas?
¡Cuántas veces inocente
Ese que en tu fé confia
Llorará la boca impía
Que ora acaricia su frente!
Hoy se goza en la beldad
Que tanta dicha le ofrece,
En la calma se adormece
Sin temer la tempestad.
En plácido mar navega,
El aura su sien halaga
Y al soplo del aura vaga
La blanca vela despliega.
¡Pobre niño que no sabe
Cómo se torna improvisa

En huracan esa brisa
Ahora mansa y suave!
 En breve el dormido mar
Alzarse verá tremendo;
Turbias, henchidas, hirviendo,
Las olas verá rodar.
 Yo la tormenta pasó,
Testigo el muro sagrado
En que el vestido mojado
Al dios del mar dediquó.

Décima de consonantes obligados.

Hubo en Roma cierto *empírico*
De índole mansa y *apática*,
Muy versado en la *neumática*,
De genio alegre y *satírico*.
Compuso un romance *lírico*,
Y cantó con voz *armónica*
Una oda en lengua *teutónica*
En loor del Triumviro *Lépido*
Donde le llamaba *intrépido*:
¡Alabanza harto *lacónica*!

Juguete en contestation de un soneto enviado al padre del autor.

Jeneroso discípulo de E R a
Mi vencedor por mas que seais mod E s
A cuyos versos suaves hoy conte S
Rimando sin dulzura ni a P ara
Io os envio los mios sin O rna
Aunque ultraje á las musas que de N ues
No siéndome posible traer mas D e es TO
O cometer callando un d E saca
Buscando vá el perdon que S olici
Aqueste verso de hermosura esc U e
Temblando con razon de haberlo e S cri
Resuelvo al fin enviaros el s O ne
En vuestras manos él será bo N i
Siéndolo todo en manos de un discr E

2435-81. Corbeil. — Imprenta Crété.